Serie
HOMENAJES | LIBROS DE LA
ACADEMIA

# ADOLFO MARSILLACH, HOMBRE DE TEATRO (1928-2002)

Edición de César Oliva

(Homenaje celebrado el 28 de noviembre de 2022 en el Teatro de la Comedia de Madrid)

Academia
de las **Artes Escénicas**
de España

© De los textos, sus autores

© De las fotografías, los autores que figuran en el pie

© De la maquetación y diseño, Francisco Blanco

Edita: Academia de las Artes Escénicas de España

Imprime: Grafoprint, SL.

ISBN: 978-84-18679-06-3

ISBN libro digital: 978-84-18679-10-0

Depósito Legal:

Con el agradecimiento a la Compañía Nacional de Teatro Clásico, a su director y trabajadores por la colaboración prestada y por la cesión de fotografías.

Al Centro de Documentación de las Artes Escénicas y de la Música (CDAEM) por la cesión de fotografías de sus fondos.

# Junta Directiva de la Academia

**Presidenta**
Cayetana Guillén Cuervo

**Vicepresidente 1º. Departamento Económico**
Eduardo Galán Font

**Vicepresidente 2º. Departamento de Estudios y Actividades**
César Oliva Olivares

**Vicepresidenta 3º. Departamento de Régimen Interno**
Carmen Giménez Morte

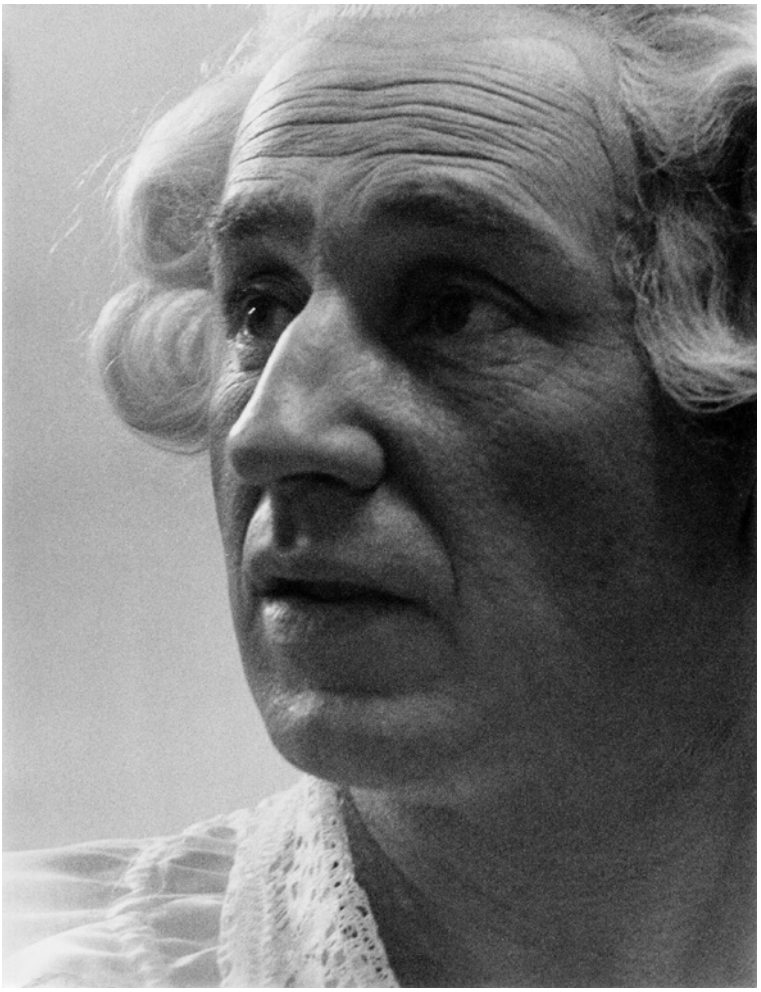
**Vicepresidenta 4º. Departamento de Premios y Distinciones**
María López Insausti

**Secretario General**
Eduardo Vasco San Miguel

**Tesorero**
Nicolás Fischtel Boudeger

**Vocales**

- Antonio Fernández Resines
- Guiomar Fernández Troncoso
- María del Pilar Jurado Ruiz
- Ana Labordeta de Grandes
- Carmen Márquez Montes
- Carlos Morán Asostegui
- Adriana Ozores Muñoz
- María Pagés Madrigal
- Lluís Pasqual Sánchez
- Helena Pimenta Fernández
- Antonio Rodríguez Najarro
- Rodolf Sirera Turó
- María Dolores Vargas-Zúñiga Ceballos-Zúñiga



Adolfo Marsillach en *Marat Sade*, de Peter Weiss. 1968. © Gyenes/CDAEM

# Índice

Presentación de la colección, Cayetana Guillén Cuervo (Presidenta de la Academia de las Artes Escénicas de España) ..... 11

Introducción al acto, Helena Pimenta (Coordinadora del homenaje; ex directora de la Compañía Nacional de Teatro Clásico) ..... 15

*¿Por qué una Compañía Nacional de Teatro Clásico?*, Lluís Homar (Director de la Compañía Nacional de Teatro Clásico) ..... 19

*Adolfo Marsillach, o el teatro desde todos los lados*, José Manuel Garrido (Ex director general del INAEM; ex Secretario de Estado del Ministerio de Cultura) ..... 23

*Una persona muy especial,* Mercedes Lezcano (Actriz) ..... 31

*Un gran perfeccionista,* Blanca Marsillach (Actriz) ..... 39

*Afecto y admiración atemporales,* Rafael Pérez Sierra (Ex director de la Compañía Nacional de Teatro Clásico) ..... 45

*Un bello pensamiento,* Eduardo Vasco
(Ex director de la Compañía Nacional de Teatro Clásico) ..... 49

*Un ensayo descansado,* Arturo Querejeta (Actor) ..... 53

*Un hombre sabio*, Fernando Ayuste
(Técnico del Centro Dramático Nacional)..... 57

*Alguien de la familia*, Silvia Marsó (Actriz)..... 63

*Marsillach y el respeto a la profesión*,
Cayetana Guillén Cuervo (Actriz) ..... 67

*Adolfo y yo. Tan lejos, tan cerca*, Roberto Alonso
(Director de escena)..... 71

*El polifacético Adolfo Marsillach,* César Oliva
(Ensayista, autor de Adolfo Marsillach.
Las máscaras de su vida, Editorial Síntesis, 2005) ..... 83

Cronología de Adolfo Marsillach ..... 89

Relación de montajes teatrales de Adolfo Marsillach ..... 111

Los participantes en el homenaje. De izquierda a derecha: Lluís Homar, Rafael Pérez Sierra, Eduardo Vasco, Mercedes Lezcano, José Manuel Garrido, Arturo Querejeta, Silvia Marsó, Roberto Alonso, Blanca Marsillach, Fernando Ayuste, Helena Pimenta, César Oliva. Teatro de la Comedia, Madrid, 28 de noviembre de 2022. ©Antonio Castro

# UNA NUEVA COLECCIÓN DE LA ACADEMIA

Cayetana Guillén Cuervo, Presidenta de la Academia.

La Academia de las Artes Escénicas de España, nuestra Academia, tiene entre sus objetivos fundacionales una meta importante: "El mantenimiento de la memoria de cuantos profesionales y hechos han contribuido a la grandeza de la profesión". Por esta razón, inaugura una nueva colección entre sus publicaciones. Un legado: un homenaje a grandes figuras que, a través del hecho artístico sobre el escenario, han dejado huella entre el público y entre todos nosotros. La Junta Directiva, que tengo el honor y la responsabilidad de presidir, con la voluntad de cumplir con este noble objetivo, ha querido organizar un homenaje al actor, director, autor y gestor

Adolfo Marsillach, cuando se cumplían 20 años de su desaparición. Este acto se celebró en el Teatro de la Comedia de Madrid, con la participación de profesionales de la escena que colaboraron con Adolfo Marsillach o que pudieron conocer en profundidad su trabajo. Días después, también cumplimos con la voluntad de rendir otro merecido homenaje a la memoria del productor y director Manolo Collado, ya que, en ese mismo año, 2022, se cumplían tres décadas de su muerte.

Es importante que nuestra querida INSTITUCIÓN mire hacia adelante, pero sin olvidarse jamás de los que se fueron dejando puertas y ventanas abiertas para que los que nos quedamos por aquí un rato más, podamos observar el horizonte y respirar, respirar nuestros derechos. Respirar nuestra libertad. Con estos actos nos detenemos a recordar su labor, su aportación, su esfuerzo, somos un latido en el corazón de la memoria histórica de la escena, siempre tan vulnerable. Nuestras artes escénicas han aportado nombres fundamentales para la historia de la cultura de nuestro país. Nombres propios que han construido una época, pero que nuestra memoria olvida con facilidad. El olvido que seremos, como diría Abad Faciolince, si es que no hacemos algo por evitarlo. Si no les nombramos. Si no les recordamos. Nuestra Academia debe dejar constancia de la labor fundamental de su gente para nuestro tesoro cultural. De esta voluntad nace el empeño, no solo de realizar los merecidos homenajes, sino de publicar estas páginas, que dejen constancia de esos actos y del profundo valor de sus protagonistas. Con este deseo nace la colección.

En estas páginas viven testimonios de primer nivel sobre quien creó, en 1986, la Compañía Nacional de Teatro Clásico y que es, sin duda, uno de los grandes hitos de la historia reciente de nuestra escena. Adolfo Marsillach, que también colaboró en la fundación del Centro Dramático Nacional, en 1978, cuando todavía nuestra joven democracia solo había

dado sus primeros pasos, aportó al teatro un punto de vista único, lleno de inquietudes, de rigor, de constante búsqueda, de maravillosas novedades. Tuvo la capacidad de dirigir dos de las grandes compañías nacionales de los últimos tiempos y el Instituto de las Artes Escénicas y de la Música, entre las décadas de los ochenta y noventa del pasado siglo. Familiares, amigos, colegas y estudiosos de su obra teórica y práctica intervinieron en el homenaje del 28 de noviembre de 2022. Ellos son los autores de este libro. Recogemos aquí, pues, la totalidad de las intervenciones del Teatro de la Comedia, junto a imprescindibles notas biográficas del homenajeado, salpicadas de imágenes que son historia, y hasta una cronología de su vida y obra que incluye una completa relación de los montajes que Adolfo Marsillach interpretó, escribió y dirigió a lo largo de su prolífica carrera.

Mientras tengan un lugar en nuestra memoria y en nuestro corazón, seguirán viviendo entre nosotros.

Cayetana Guillén Cuervo

Presidenta de la Academia de las Artes Escénicas de España

# PRESENTACIÓN

Por Helena Pimenta
Exdirectora del CNTC

Helena Pimenta en la presentación del homenaje.

Cuando me vaya a casa tras este encuentro, me llevaré una profunda y hermosa experiencia. Me llevaré, como ya ocurrió cuando era una joven directora, el impulso de la generosidad de Adolfo Marsillach, en suma, y de su maestría. Seguiré recordándolo con admiración y cariño, como tantas veces lo he hecho. Pensaré en él cuando esté feliz y también cuando

necesite ayuda. Su recuerdo me seguirá guiando en este arte del que él es un referente imprescindible. En nombre de la Academia de las Artes Escénicas de España, muchas gracias a todas las personas que participan en este homenaje desde el escenario y desde el equipo técnico, así como al público que nos acompaña. Gracias a la Compañía Nacional de Teatro Clásico, tan querida institución, anfitriona de este acto, y a su director, Lluís Homar, quien tan amablemente nos ha acogido.

# COMUNICACIONES

Adolfo Marsillach y Carlos Cytrynowski en el teatro de La Comedia. 1992. ©Ros Rivas/CNTC

# ¿POR QUÉ UNA COMPAÑÍA DE TEATRO NACIONAL?

Por Lluís Homar
Director de la CNTC

Lluís Homar en el homenaje.

Richard Wagner empezó a mitad del siglo XIX a buscar los caminos para construir aquello que él llamaba *Gesamtkunstwerk*, obra de arte total. Un Marsillach, algo así como un primo abuelo de nuestro querido Adolfo, fue el primer español que dedicó una buena parte de su vida a difundir el credo wagneriano, además de construir una sólida amistad con el compositor alemán. Siempre me ha parecido que algo del le-

gado de este antepasado se había instalado entre los objetivos vitales de Adolfo Marsillach. Actor, director, productor, dramaturgo, polemista memorialista. Seguro que algo de la búsqueda de un arte total estaba presente en la vida de nuestro homenajeado. Adolfo supo aunar el respeto a los clásicos con su enorme afán por ser y hacerlos contemporáneos. Supo ser exigente y asequible. Supo construir instituciones y ponerlas al servicio de sus conciudadanos. Supo ser un digno heredero de quienes imaginaron utopías artísticas que todavía permiten y exigen nuestras utopías. Hoy, gracias a la Academia de las Artes Escénicas de España, sobre estas tablas que aún recuerdan sus pasos, presenciamos un acto de gratitud a quien debemos tantas y tan importantes cosas. Voy a leerles un texto, que Adolfo Marsillach tituló *Una compañía nacional de teatro clásico*[1]:

> Cabría preguntarse: ¿por qué una Compañía Nacional de Teatro Clásico? Y podría responderse: porque es necesaria. ¿Quedaría con esto resuelta la cuestión? Probablemente no. Siempre resulta difícil decidir lo que es necesario y lo que es innecesario: en las costumbres, en los comportamientos y en las decisiones, en la política, en la sociedad y en la vida. También en el arte, también en el teatro. Todo es necesario e innecesario al mismo tiempo. Sin Aristófanes no se puede explicar a Molière, sin Molière no se puede explicar a Bernard Shaw y sin Bernard Shaw no se puede explicar a Jardiel Poncela. ¿Significa esto que Jardiel Poncela no hubiera existido sin Bernard Shaw, Bernard Shaw sin Molière y Molière sin Aristófanes? No lo sé. Y en cualquier caso: ¿era necesario que existiesen? Los españoles no hemos tenido un teatro nacional estable a la manera de la *Comédie* francesa, que cumplió en 1980 trescientos años y que arranca de un decreto de Luis XIV pasando por una sólida -aunque un tanto farragosa- colección de estatutos, actas, disposiciones

1 Publicado en *Primer Acto*, núm. 213, marzo/abril 1986, pp. 22-23.

y reglamentos. Ni siquiera nos sentimos en la obligación de imitar a los franceses, como hicieron los ingleses a partir de 1879, a raíz de una visita a Londres de la *Comédie* con Sarah Bernhardt, sentando las bases de lo que luego fue el Old Vic y, más tarde, el actual *The National Theatre* a orillas del Támesis. No faltaron proyectos, propósitos, ideas y buenas intenciones, pero nada consiguió la estabilidad precisa, la organización indispensable, la economía suficiente. El Teatro Español -me estoy refiriendo al edificio- pasó por distintas etapas, probó diversos sistemas... Ni la intervención del Estado, ni la ayuda de las subvenciones oficiales bastaron para resolver un problema cuyo origen estaba en la negligencia de los funcionarios y en la desidia de los comediantes. Todo el mundo -desde Moratín en adelante- hablaba de necesidad de mantener, preservar y propiciar nuestro "glorioso repertorio", pero nuestro repertorio -glorioso o no glorioso, andaba el pobre por ahí, en manos, con frecuencia, de cómicos sin talento y empresarios sin escrúpulos. Los clásicos se convirtieron en pasto generoso para la voracidad de los divos romanticoides que declamaban con más pasión que raciocinio, con mayor voz que sentimiento. La declaración de los teatros Español y María Guerrero -antes Princesa- como "nacionales" después de la guerra civil, no resolvió el asunto. No podía resolverlo -porque era imposible, a pesar de los estimables esfuerzos de Luis Escobar y Cayetano Luca de Tena: seguía faltando una compañía dedicada, como especialidad, al género clásico. Una compañía que pudiera llegar un día hasta Mihura como los franceses han llegado a Genet y los ingleses a Pinter, pero pasando, deteniéndose, estudiando y, sobre todo, amando a Calderón, a Lope, a Tirso, a Moreto, a Rojas, a Cervantes, a Alarcón... No tuvimos -ya lo he dicho, ese Teatro Clásico, pero ¿se colapsó por esto la marcha general del teatro español -y ahora no me refiero al edificio-, aparecieron menos autores, menos directores y menos intérpretes? Lo ignoro, pero supongo que no. Es decir: ¿la existencia de una Compañía Na-

cional de Teatro Clásico fue, era y es necesaria? Relativamente, sí; relativamente, no. Yo diría que no es necesaria en un sentido estricto, pero que es deseable en otros muchos sentidos, incluido el común. Los clásicos forman parte de nuestro patrimonio y uno no desprecia el patrimonio como no tira el reloj del abuelito por la ventana. Lo que ocurre, y aquí es donde empiezan las dificultades, es que los patrimonios no se inventan, sino que se heredan. (O se confiscan, pero esa es otra historia). La tradición es tradición por sí misma, porque ha tenido un desarrollo tradicional y porque se ha continuado tradicionalmente. La gente come turrón en Navidad porque está acostumbrada: si durante cincuenta años se hubiera dejado de comer turrón en Navidad, la gente habría empezado a comer otra cosa; buñuelos, por ejemplo. Quiero decir que no podemos hacer hoy la *Comédie* a la española porque ni tuvimos el hotel de Bourgogne, ni a Talma ni a Napoleón. Vamos con tres siglos de retraso y se va a notar. Entonces, ¿qué puede hacer -o intentar- esta deseable Compañía Nacional de Teatro Clásico? Ah, pues muchas cosas. La primera -y tal vez la más importante- poner los cimientos de un sistema teatral suficientemente lógico como para resistir los embates de las distintas mareas políticas. Hay que edificar un inmueble a prueba de terremotos y cataclismos. Pero un inmueble, un lugar, un sitio, un espacio, una organización, un sistema, un teatro "vivo". Sería absurdo - o, al menos, a mí me lo parece- inventarse un museo. Especialmente porque los museos son aburridísimos. Para nosotros la gran interrogación es ésta: ¿en qué medida los clásicos no están muertos y pueden salirse de los estantes polvorientos de las bibliotecas y desprenderse de las manos, cuidadosas pero teóricas, de los profesores para convertirse en algo concreto, palpable, atractivo y próximo? Naturalmente no somos tan estúpidos como creemos capaces de responder positivamente a tan delicada cuestión. De todas formas, lo vamos a intentar.

# ADOLFO MARSILLACH O EL TEATRO DESDE TODOS LOS LADOS

Por José Manuel Garrido
Ex director del INAEM; Ex Secretario de Estado del Ministerio de Cultura

José Manuel Garrido en el homenaje

Siempre ha sido una admiración activa y militante la consideración personal y profesional que he tenido y tengo por Adolfo Marsillach y su obra. Esto es lo que ha motivado no cumplir mi palabra cuando, hace casi dos años, prometí no participar en actos públicos como este o similares. En un arranque poco menos que neurótico, comenté con mis ami-

gos que después de la entrega en los últimos diez años a la puesta en marcha y codirección del Museo de la Universidad de Navarra, me retiraba; no me jubilaba, me retiraba. La diferencia requiere una explicación de una hora y cuarenta y cinco minutos que les voy a ahorrar.

En esto que me llamó César Oliva y me cuenta que la Academia de las Artes Escénicas de España va a hacer un homenaje a Adolfo Marsillach y quiere que participe de manera muy especial; homenaje que, además, tendrá lugar en el Teatro de La Comedia. Naturalmente me sentí "chantajeado" emocionalmente. A César, con el que he compartido desde los quince años inquietudes teatrales, representaciones, fundación de compañías, festival de Almagro y una buena dosis de amistad, no le podía decir que no.

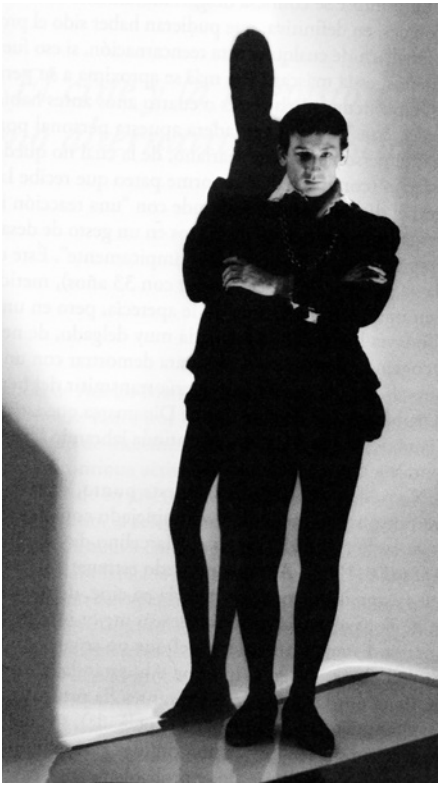
Porque el Teatro de La Comedia siempre ha estado presente en mi vida. Cuando era estudiante y pasaba por aquí se me helaba el corazón pensando que en este lugar se fundó el fascismo español. Pero también es el lugar en el que vi alguno de los espectáculos que más impactaron en mi vida, como la *Yerma* de Nuria Espert y Víctor García. Más tarde, estrené en este mismo escenario como director, *Tiempo del 98*, de Juan Antonio Castro, un éxito de la época. Además de todo eso, el destino me llevó a que, años después, fuera el responsable, en mi condición de director general del INAEM, de alquilar este teatro para ser sede de la Compañía Nacional de Teatro Clásico. Unan todas estas circunstancias a que el homenajeado hoy sea quien es, una debilidad mía desde muy jovencito, y ya me dirán si podía negarme a estar aquí hablando de Marsillach. He tenido que congelar, pues, mi promesa de apartarme del mundanal ruido.

Me ha animado a participar en este acto el que no sea un homenaje en clave "reparadora", una manera de desagraviar la mala conciencia. Adolfo fue un hombre de éxito como ac-

tor, director, autor; conocido, reconocido y premiado. Incluso ganó dinero a veces como productor, cosa nada fácil en el gremio. Por lo tanto, lo que hoy propone este acto debe ser fundamentalmente valorar su legado como renovador de la escena española.

Voy a abordar este personaje, si se me permite, desde dos vertientes: la personal y la profesional/administrativa. No desde perspectivas académicas, críticas o historicistas. Es lo que me corresponde.

Adolfo como personaje. Desde que lo vi interpretar *Hamlet* en el Teatro Español, con dirección de José Tamayo, me quedé fascinado. Cazaba moscas en escena diciendo aquello de



Adolfo Marsillach en *Hamlet*, de William Shakespeare. 1961.

"To be or not to be"; quedé seducido. Fue en uno de mis viajes a Madrid, con mis padres. Enseguida que llegué a Murcia lo conté a mis amigos, como me lo recordó hace unos días César, en el Café Santos (que era algo así como el Gijón de nuestra tierra). Los dejé impresionados al interpretar yo mismo a Marsillach, un actor tan original como no había visto jamás. Seducido desde los dieciséis años, veía todo lo que hacía Adolfo: teatro, películas o televisión. No sé justificar esa admiración de adolescente. Fue eso: pura admiración. Tal vez intuía ya que era uno de los grandes renovadores de la escena española. No lo conocí personalmente en esa época, por supuesto, nunca hablé con él. Quizás por eso quise que fuera uno de los primeros creadores a los que ofrecer trabajos desde que me incorporé al sector público.

Años después, senté a Marsillach ante una gran mesa de caoba, una mesa gigantesca, que se decía que había sido instrumento de seducción de Jesús Aguirre (director general de Música en la transición política) a la Duquesa de Alba. No sabemos si tras, debajo o encima de la mesa; sí, que de ahí salió el nuevo Duque de Alba. Pues allí estaba yo ante mi admirado Adolfo, con otra idea de seducción, distinta, pero no menos apasionada. ¿Serviría dicha mesa como elemento de atracción en este caso? Reconozco que la emoción de comunicarme personalmente con mi ídolo, sabiendo que le iba a proponer un importante cargo en el Ministerio de Cultura, superó todas mis previsiones. Los primeros veinte minutos fueron un diálogo de besugos. Mirábamos una radiografía de una muela del juicio y opinábamos y compartíamos la experiencia sobre los dientes que nacen atravesados. Nuestro primer punto de unión, pues, no fue estético, dramatúrgico ni político: fue molar. Eso une muchísimo. A partir de ahí empezó nuestra relación personal y profesional. En ese momento, principios de 1983, le ofrecí a Adolfo Marsillach el Centro Dramático Na-

cional. Pero tenía en ese momento un compromiso de trabajo para el siguiente año y medio, y quería cumplirlo. Yo no podía esperar. Por eso no llegamos a nada. Ese primer encuentro del que tanto esperaba quedó en nada. Nos despedimos afectuosamente porque ya estábamos conectados para el futuro. Supimos ambos que el destino nos iba a unir. Y sin duda alguna, gracias a unas muelas.

Cuando me estrené primero como director general de Música y Teatro, posteriormente del INAEM, no me encontré con ninguna manifestación con pancartas pidiendo la creación de una compañía nacional de Teatro Clásico. Miraba por la ventana todos los días y nada. El sector tampoco la reclamaba. Alguna insinuación suelta, en alguna ocasión, por algún articulista que decía que si en Francia, que si en Inglaterra... ¿Por qué no en España? El sector estaba en lo suyo: las subvenciones, el enfrentamiento teatro público / teatro privado…, cosas todas que estoy seguro que les sonará.

La idea de crear una Compañía Nacional de Teatro Clásico en pleno inicio del desarrollo del estado de las autonomías no era un tema fácil y desde luego, no era necesaria. No existía la demanda. Era necesaria la inversión en infraestructura, remodelación de teatros, fórmulas para la descentralización, apoyo al teatro privado y fortalecimiento de las estructuras existentes. A mí personalmente me parecía evidente y necesario que las instituciones, corporaciones, tanto públicas como privadas, tuvieran iniciativas, estén por encima de la necesidad de que salga agua por el grifo, o que en los ambulatorios haya médicos. La imaginación, la anticipación, si no es obligación de la gobernanza, sí es clave para el progreso, para dar pasos para delante. Podríamos resumir que la Compañía y su creación fue un acto voluntario del poder político que no responde, o respondía, a demandas imperiosas de la opinión pública, ni a necesidades manifestadas como tales por la ciudadanía.

Planteado el proyecto de la creación de una compañía que recogiera nuestro patrimonio teatral fundamentalmente del Siglo de Oro, Javier Solana como ministro y Mario Trinidad, como subsecretario, aprobaron la idea y nos pusimos a desarrollar el empeño. Estamos hablando de 1985. Enseguida surgió la pregunta clave: ¿quién podría dirigirla? Se imaginarán, por mis antecedentes, que el nombre que pongo encima de la mesa es Adolfo Marsillach. ¿Por qué él y no uno de los grandes maestros de ese momento? Desde mi parecer, porque Adolfo podía inventarse una compañía, un discurso estético y artístico, una visión renovadora, y tenía capacidad gestora y de formación de equipos. Fue mi decisión.

Ya nos conocíamos y no era necesaria ninguna radiografía de muelas como introducción. De nuevo de un lado y del otro de la mesa, que, en esta ocasión, no era aquella noble del duque, sino una mesa heredada de banqueros. ¿Quieres poner en marcha una Compañía de Teatro Clásico? Le espeté de buenas a primeras. No se lo esperaba. Se quedó un poco desconcertado. Tenía al maestro, mi ídolo delante y desconcertado: ¡Hurra! Enseguida me sometió a un interrogatorio minucioso, apuntando cosas en una libretita. El personaje ya me había "calado", así lo cuenta él en sus memorias: "Si dudo o le doy largas, al salir por la puerta llama a otro". Sería lo que pensé de aquel primer encuentro en el que le ofrecí el Centro Dramático Nacional y, en efecto, llamé a otro cuando él se fue. Ahora me dio el sí, pero con determinadas condiciones; por ejemplo, un espacio no convencional. ¡A la orden, maestro! Y nos pusimos a buscar un espacio no convencional... Fue imposible. Nos tuvimos que conformar con el Teatro de la Comedia, este en el que hoy nos encontramos, y que tampoco estaba mal.

La Compañía Nacional es hoy una Institución consolidada, amparada por los poderes públicos, tal vez una de las apor-

taciones en democracia más importantes del Ministerio de Cultura al teatro, y a la cultura en general. Es nuestro Museo del Prado. De ella se cuelgan las palabras de Tirso, Lope, Calderón, Molière…, al igual que en el Prado cuelgan los Goyas, los Velázquez, los Murillos. En esta compañía se cuecen las raíces de nuestra modernidad. Marsillach abrió un camino con los clásicos. Después han venido otros con sus acentos, sus estilos, que han dado continuidad y solidez institucional a este proyecto, repito que hoy consolidado. La Compañía ya tiene un importante hueco en nuestra historia reciente.

Le faltaba a Adolfo Marsillach una experiencia última. Había sido actor, director, dramaturgo… y de primerísima categoría. Pero yo estaba dispuesto a meterlo en otro "género": el administrativo. Con motivo de mi nombramiento como subsecretario del Ministerio de Cultura, con Jorge Semprún como titular, le pedí a Adolfo que me sustituyera al frente del INAEM. Dudó mucho, como siempre, mucho, pero le pareció otro reto a asumir… y aceptó.

Por consiguiente, tenemos que agradecer el amplio legado que Adolfo nos ha dejado. Un legado poliédrico con todas las caras del éxito y sabiduría. No le importaba estar en la cima; siempre escuchaba, observaba y aprendía. Como todos los grandes, había en él una ingenuidad disfrazada de altivez, junto a una inquietud que nunca perdió. Quisiera señalar por último que Adolfo no solo tiene valor como gran figura de la historia del teatro, sino que podría ser elegido miembro principal de una generación fantástica, donde el talento y la intuición se imponían a una posible falta de formación académica, comunicación y cierto aislamiento cultural. No hay progreso ni modernidad si no sabemos de dónde venimos. Personalmente, me reconozco en Marsillach y en su generación. De ahí venimos. Administremos bien su legado.

César Oliva y José Manuel Garrido dialogando sobre Marsillach.

# UNA PERSONA MUY ESPECIAL

Por Mercedes Lezcano
Actriz y directora

Mercedes Lezcano, viuda de Marsillach, en el homenaje.

Casi todos ustedes saben que Adolfo Marsillach fue actor, director, escritor, creador del Centro Dramático Nacional, de la Compañía Nacional de Teatro Clásico y Director General del Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música del Ministerio de Cultura. Por esa razón, y por otras personales, voy a centrarme en hacer un retrato íntimo de él. No solo fue mi gran amor, sino también mi amigo y mi maestro para la vida. Le sorprendería saber la infinidad de homenajes que

se le han hecho, pues él me decía: "Cuando yo me muera, te acordarás tú, mis hijas; y con suerte, cuatro o cinco personas más. Hazte a la idea Mercedes".

Era una persona muy especial. Dejaba huella en quien le conocía. Levantaba amores y desamores apasionadísimos. A nadie le era indiferente. Cuenta en sus Memorias algo que voy a leerles y que creo es el germen de esa personalidad suya tan polémica y combativa:

> "En mi casa se hablaba de política. Todos eran republicanos, lo cual debió de influirme porque una tarde, en una sesión en el cine Cataluña y durante la proyección de *El acorazado Potemkin*, aún seguía Alfonso XIII en el Palacio Real, me lancé pasillo abajo hacia la pantalla, gritando con mi escuálida voz infantil, ¡Viva la República! Mi padre me tomó de la mano y me sacó del cine rápidamente. Aquel grito sincero, aunque inoportuno, se convirtió a la larga, en una tendencia de mi carácter. Siempre me ha encantado nadar contracorriente y he sentido una irremediable debilidad por los perdedores. Una tontería, desde luego, porque desconfío de los héroes. Mi natural propensión al escepticismo me ha evitado felizmente el engorro de acometer heroicidades. Y porque, además, por mucho o poco que intente disimularlo, es evidente que soy un ganador con mala conciencia. Pero lo soy." (*Tan lejos, tan cerca: Mi vida,* (Andanzas), Tusquets, 1998).

Era un conversador muy brillante. Terminó la carrera de Derecho en unos años en los que no era frecuente que los actores tuvieran estudios universitarios. Eso le daba rigor y disciplina a la hora de enfrentarse al trabajo. Tremendamente independiente en su vida personal y profesional. Por encima de todo, era un ser libre, honesto, decente, tierno, seductor, coqueto, y con un enorme sentido del humor; como él decía, el humor de ver y de entender la vida. Su acusado escepticismo, unido a su timidez y pudor, le empujaba a crear a su

alrededor una barrera que a muy pocos permitía atravesar. De ahí que tuviera fama de antipático para quienes no le conocían realmente. Estoy segura de que la persona a la que Adolfo más quiso, respetó y admiro fue su padre. Sin embargo, de joven se parecía más a su escéptico y polémico abuelo Adolfo. Con los años, su carácter se dulcifica y asomó la ternura y el romanticismo del padre, que durante años, quizá por protección, ocultó en su interior. Voy a leerles un texto que Adolfo escribió sobre su padre y que creo que explica muy bien esa tierna relación entre ambos:

> "Mi padre era periodista y escritor, como mi abuelo. Debe ser que todo eso se lleva en la sangre. Mi abuelo estrenó varias obras de teatro y en una de ellas titulada *Catalanistas en adobo*, le tuvieron que proteger las fuerzas del orden público porque, como puede deducirse fácilmente por el título, mi abuelo era catalán, pero no catalanista. Debió de ser un escritor que levantaba ronchas. Mi padre, en cambio, no llegó a estrenar. Lo de su falta de ambición era algo especial. No fue un individuo pusilánime ni asustadizo. Seguramente todo lo contrario. Sin embargo, nunca luchó por conseguir dinero o poder o alguna de esas cosas que se supone hacen sentirse a las personas satisfechas de sí mismas. Me parece que se veía como un romántico a destiempo, como si se hubiese bajado en una estación que no le correspondiera o caminara por un territorio que no le gustara. Se quedaba de pronto con la mirada perdida, observando los movimientos de un pájaro que habíamos bautizado Bakunin. Papá fue siempre un poquito anarquista y aleteaba irritado en su jaula dorada. O cuando observaba mis movimientos jugando con una espada de madera. Por eso, escribió un artículo que decía: 'Esta mañana te he visto blandir fieramente tu espada contra terribles enemigos invisibles, y he pensado que un día tendrás que luchar contra enemigos reales y quizás te encuentres entonces desarmado. Pero no me asustaría verte combatir con hombres de carne y hueso superiores a ti en fuerza y número, como verte pelear contra fantasmas. El daño, en todo caso, que venga de fuera y no de dentro.

> No alientes monstruos en tu espíritu ni para reñir batallas contra ellos'. No estoy seguro de haberlo conseguido. También a veces, el enemigo, perdón papá, lo he tenido en casa. En contra de lo que algunos flojos de entendederas puedan creer. No siempre estoy de acuerdo conmigo mismo. A veces pienso que me gustaría ser de otra forma, pero, ¿cómo llegar a ser otro cuando se sigue siendo uno? Quizá mi vida pueda explicarse en esta porfía inútil de luchar por ser otro sin estar muy seguro de desearlo. Mi padre escribió un artículo para la Noche de Reyes de 1939. A los pocos días, las tropas de Franco vencedoras entraban en Barcelona. En ese texto decía: 'Hijo, ayúdame a conservar la fe en los hombres y en la grandeza de mi patria. Porque, cuando estallan las bombas y clavas en mí unos ojos agrandados por el terror y el asombro, yo no me atrevo a sostener tu mirada. Si tú no perdonases a los hombres de hoy, tampoco yo sabría perdonarlos nunca'. ¿Los he perdonado? ¿Supo o quiso perdonarlos él? Lo ignoro. Jamás hablamos de esto porque durante mucho tiempo no nos atrevimos, y después hubiera sido una pregunta inútil porque mi padre murió de un cáncer en la laringe y al final de su vida no podía hablar. ¿Cómo saber si lo que soy lo soy a pesar de Franco, o precisamente gracias a Franco? ¿Cuántos resortes de resistencia, de combate, de trinchera, hay en sentirse violentado, perseguido o humillado? ¿Qué porcentaje de suerte desgraciada o de desgracia afortunada, hay que concederle a la vida? ¿A quién le debo más? ¿A mí, o a mis enemigos? ¿Qué parte le he concedido al amor y cuál al odio? Siempre me sentí más cerca de mi padre porque representaba la literatura, el periodismo, un concepto de la existencia que yo idealizaba."

Esta sublimación de sus cualidades me mantuvo alejada de mi madre, a la que quería muchísimo, pero con la que me parecía menos interesante mantener una conversación. Desde que murió su padre, Adolfo, si dormía solo, tenía que mantener una luz encendida por las noches. Temía a la oscuridad. Desde muy joven y por extraños avatares, Adolfo se dedicó al teatro. Enseguida destacó como actor. Sus comienzos fueron

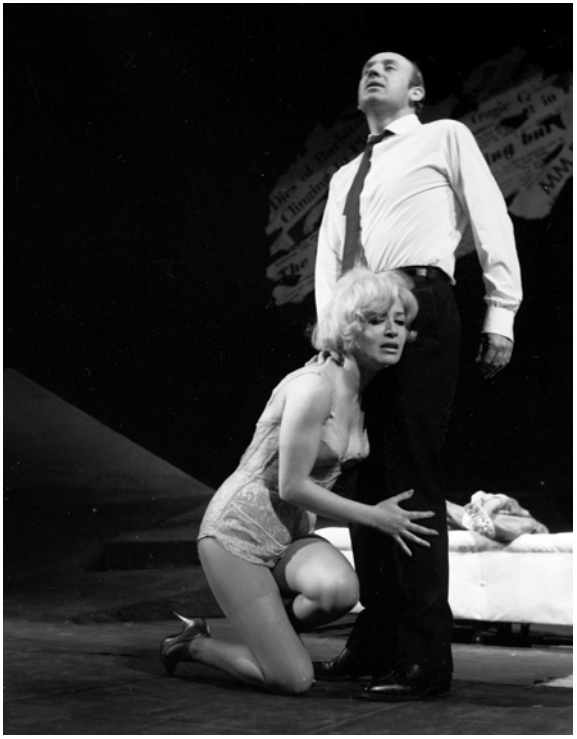
muy fáciles y a los pocos años lo alternó con la dirección escénica. Poco a poco fue interesándose por textos que no sólo tenían calidad literaria y posibilidades teatrales, sino que le permitían hacer reflexionar al público. Interrogarles. Siempre dijo que en el teatro se deben hacer preguntas para que luego cada espectador se dé su propia respuesta. Hay un pensamiento que él pronunció y que ahora está recogido en la placa que el Círculo de Bellas Artes puso en la fachada de nuestra casa, y que dice: "No soy tan ingenuo como para pensar que el teatro pueda transformar la sociedad pero, estoy convencido de que existe una posibilidad de ayudar a despertarla".

Tengo la certeza de que nuestro oficio, el del teatro, se ha empobrecido con su ausencia. Y no me refiero únicamente al terreno profesional, por supuesto, sino también al intelectual, al ideológico. Adolfo era una persona con discurso, brillante, lúcido en sus análisis, original en sus planteamientos, valiente en su compromiso profesional, social y político. Exigente con él y con los demás. Era alguien comprometido. Quizás en este mundo tan mercantilizado la palabra compromiso ya apenas tiene significado. Al final de su vida, ya en plena enfermedad, salir a escena como actor era lo que más le divertía. Curiosamente, cerró su ciclo profesional como lo había comenzado: de actor y en Barcelona. Era realmente gozoso verle actuar por lo mucho que disfrutaba. Para Adolfo, el teatro, como la vida, era un juego apasionante.

Con motivo de su regreso a los escenarios como actor tras 17 años de ausencia escribió:

> "¿Volver a ser actor? ¿Dejar de ser actor? ¿Seguir siendo actor? ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Cuándo se abandona un oficio al que, con inevitables intervalos, se ha pertenecido durante 50 años? ¿En qué percha colgué a Tartufo, a Hamlet, a Sócrates, al Marqués de Sade, al profesor Higgins, a Ramón y Cajal o al Quentin de *Después de la caída*? ¿En qué armario les escondí? ¿Debajo

de qué almohada los oculté? ¿Y si no fuera así? ¿Y si yo fuese el resumen público, no sé si también privado, de los personajes que interpreté y de los textos que aprendí? ¿Y si la única verdad de los actores no llegase a cruzar la frontera un tanto enfermiza de su propio fingimiento? ¿Se puede ser otro, sin dejar de ser yo? Y una penúltima y inquietante pregunta: ¿Es posible ser el mismo yo, cuando se sabe ya cómo es el otro? ¿En qué medida mis apariciones en televisión, mis intervenciones en alguna radio, o mis comentarios o mis respuestas a las entrevistas en los periódicos son consecuencia de todos los caracteres que he representado y de todas las sensibilidades que he fingido? ¿Cuánto tiempo llevo interpretando, con más o menos fortuna, a Adolfo Marsillach?"



Adolfo Marsillach y Marisa de Leza en *Después de la caída*, de Arthur Miller. 1965. ©Gyenes/CDAEM

Y para terminar, nunca me cansaré de repetir el valor, la entereza y la distancia con que Adolfo encajó su enfermedad y su muerte. Llevó con humor y serenidad su declive hasta el último día. Supo en todo momento cómo estaba su situación y decía con una sonrisa: "Mercedes, no me puedo quejar. He tenido mucha suerte, hemos sido felices, nos hemos reído tanto; he trabajado y vivido de aquello que más me gustaba, el teatro. Bueno, un día la vida se acaba. Si otros murieron, ¿Por qué no yo?". Así era Adolfo. El ser humano más elegante que he conocido. Discúlpenme, pero a lo mejor me ciega la pasión.

Mercedes Lezcano y Blanca Marsillach en el homenaje.

# UN GRAN PERFECCIONISTA

Por Blanca Marsillach
Actriz

Blanca Marsillach en el homenaje a su padre.

Gracias a todos, compañeros, por estar aquí. Gracias a la Compañía Nacional de Teatro Clásico, a la Academia de las Artes Escénicas. Gracias. ¡Finalmente lo hemos conseguido! En el vigésimo aniversario del fallecimiento de mi padre, yo voy a hablar sobre papá, porque todos los que ya han hablado, y van a seguir hablando, se refieren a la figura de Marsillach como creador, y yo sólo puedo hacerlo como hija, de lo que significó mi padre. Quiero empezar diciendo que tanto Silvia Marsó como otros muchos compañeros que no están aquí, iniciaron sus carreras en los primeros años de la Compa-

ñía Nacional de Teatro Clásico. Les doy la enhorabuena por aguantar a papá, y porque son estupendas actrices y actores. Él era muy duro, y para ponerse en sus manos, se necesitaba muchísimo talento. Yo lo sufrí como hija y como actriz. Nunca me alentó para que fuera actriz; él creía en mí, pero le costó mucho tiempo decírmelo. Fue una noche estrellada en nuestra casa de Jávea. Era muy tímido, no sabía cómo manejar sus emociones. Esa noche me invitó a sacar la basura y pensé: ¡qué cosa más rara! En el trayecto de la casa a donde estaba el cubo de basura, me dijo que yo tenía talento y que me quería. Yo me quedé un poco desconcertada. Finalmente había obtenido el reconocimiento que siempre quise obtener del señor Marsillach, ese omnipotente hombre poderoso y famoso.

Entrabas en los restaurantes con él y lo paraba todo el mundo. Le encantaba comer y beber; decía: "Conozco un restaurante que no es demasiado caro, que está muy bien de precio y tal, que ya veréis". Cristina y yo le esperábamos los domingos en la calle del Viso, donde vivíamos con mi madre, porque nos venía a buscar para llevarnos a Tejas Verdes a comer. Yo siempre pedía almejas a la marinera y pollo con tomate. Todos los domingos se repetía la misma cosa. Recuerdo que tenía una especie de caracolillo en el cuello; yo se lo tocaba, y a él eso le producía cierta timidez. Era muy tierno. Mi padre era una persona muy tierna tras todo ese caparazón, todo ese escaparate, todo ese personaje y todo lo que él arrastraba. Yo sé que debió de sufrir mucho en esta profesión porque era un gran perfeccionista. Él quería que todo estuviera perfecto. Pienso que se lo llevó la vida muy pronto.

Los veranos en la casa de Cercedilla, junto a la chimenea, jugábamos al parchís. Era el mejor jugador de parchís del mundo y, además, lo pasaba genial. Cuando se reía, se inclinaba y decía: "Ahora me va a salir un cinco". Soplaba el dado y ¡le salía un cinco y nos ganaba siempre!. Le encantaba jugar

al parchís, le encantaba ver sus partidos de fútbol. Cuando estaba enfermo, Cristina y yo nos sentábamos al borde de la cama y le hacíamos masajes en los pies, que le gustaba mucho. Luego me confesaba: "Tú lo haces mejor". Flirteaba porque era un gran seductor con todo el mundo y yo le decía: "A ver, papá, con las dos no puede ser, o Cristina o yo, tienes que elegir". Y decía: "Bueno, con tu hermana me casaría; contigo tendría una aventura". "Pero papá, ¿por qué?, no entiendo. O sea, que la que plancha y la que cocina soy yo. Te convengo yo mucho más". No había forma de convencerle.

Mi padre y yo siempre tuvimos una relación convulsa. Siempre. Yo era, lo saben quiénes me han conocido de pe-

Julia Gutiérrez Caba, cartel de *Feliz aniversario.* 1991

queña, rebelde. Bastaba que él quisiera que yo estudiara y que hiciera las cosas como pensaba que se tenían que hacer para hacer exactamente lo contrario. Una cosa que le he agradecido con el tiempo es la exigencia, y su sentido tan honesto de nunca contratar a la familia con dinero público. Eso hacía que me llevaran los demonios y me preguntara: ¿por qué no me contrata? ¿qué tienen otras que no tenga yo? Más tarde, es verdad, me eligió para hacer *Mata Hari* tras un montón de pruebas. También me las hizo, incluso, para el personaje de Laurita, de *Feliz Aniversario*, con Julia Gutiérrez Caba, personaje que estaba basado en mí. Yo le decía. Papá, qué morro tienes.

Si este personaje lo has escrito pensando en mí, ¿cuántas pruebas me tienes que a hacer? ¿No será al revés? ¿No tendría yo que hacerte una prueba a ti? Porque todos los datos y todas las situaciones son míos". Con el talento que pensaba que yo tenía, y sin involucrar nunca el dinero del gobierno, quiso darme la oportunidad que a mí se ajustaba.

¿Qué más puedo contar yo de mi padre? Me decía cuando me daban un personaje: "Vendrás a casa a que te pase el papel, ¿verdad?". Y yo iba acojonada: ¡Ay, madre, ay madre, la que me va a caer, me va a decir de todo! Y, efectivamente, me decía de todo, pero se lo pasaba tan bien, se ponía a hacer mis personajes tan bien, que yo le sugería: "Papá ponte tú las faldas y sal tú".

Le echo muchísimo de menos. Muchísimo. Me acuerdo de todo el legado que me ha dejado, de que esto del teatro es un templo, una cosa muy seria; que hay que empezar desde abajo, con humildad, que es un oficio y que no se improvisa. Yo sé que él está orgulloso de mí porque tengo una compañía de teatro comercial y social desde hace veinte años, lo cual demuestra que, de alguna forma, algo debo de estar haciendo bien.

Me acuerdo también en los veranos de Almagro con los compañeros de la compañía. Algunos lo hacían mal a propósi-

to para que subiera él al escenario a corregirlos; lo hacía mejor que yo, me contaba Carlos Hipólito. Era a propósito. Se lo pasaban fenomenal viendo lo que él disfrutaba interpretando. Se decía que mi padre era un actor engolado. Descubrí que en *¿Quién teme a Virginia Woolf?* nunca hizo una representación igual a la siguiente. Yo me las veía a todas, pensando: a ver qué cambia hoy. Y siempre había algo distinto y no hablaba en el mismo tono. Era un actor súper moderno. Eso de engolado es una leyenda. Yo lo pude comprobar pues tuve la gran suerte de verlo desde muy pequeña cuando trabajaba como actor. Viví su faceta en el Ministerio, su faceta en la Compañía Nacional, y su faceta como hombre de teatro.

Es verdad que tenía miedo a la oscuridad. Cuando estábamos en Cercedilla, y Mercedes no estaba, dormíamos juntos. Me decía: "Mira esta línea (hacía un trazo invisible en mitad de la cama): de allí para aquí es para ti, porque me das patadas, y de aquí para allí es para mí". Y dejaba siempre una lucecita, una lucecita que en mi corazón siempre está encendida.

Blanca Marsillach en el Teatro de la Comedia ante la foto de su padre.

# AFECTO Y ADMIRACIÓN ATEMPORALES

Por Rafael Pérez Sierra
Exdirector de la CNTC

Rafael Pérez Sierra en el homenaje.

Voy a resumir lo que me han encargado para este homenaje. Y empiezo con mi primer encuentro con Adolfo Marsillach: entonces yo era director de la Real Escuela de Arte Dramático y Danza, y le llamé para pedirle que viniera a dar una conferencia o una charla. Saber quién era Adolfo Marsillach era muy fácil, todo el mundo lo sabía; pero conocer a la persona era más difícil, yo no lo conocía entonces y, natural-

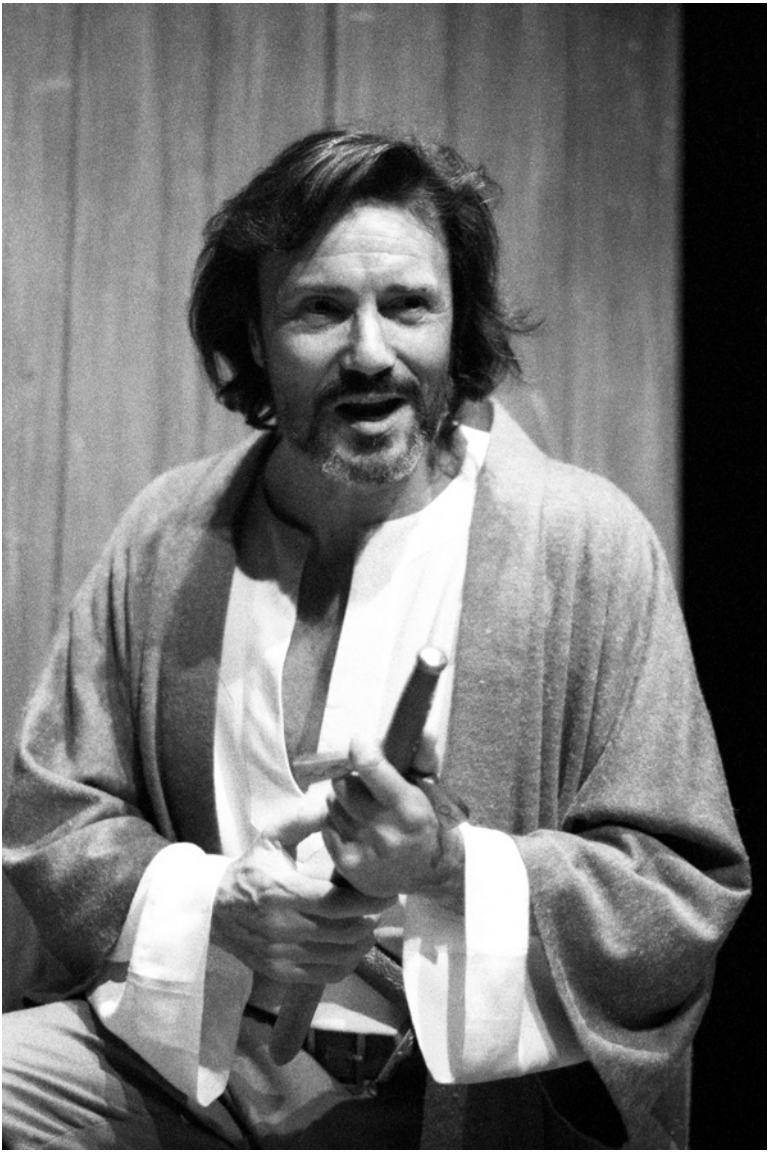
mente, Adolfo me dijo que no le interesaba dar una charla en la Escuela de Arte Dramático.

Después, siendo Director General de Teatro, puse en marcha el Centro Dramático Nacional, el Festival de Almagro y un teatro para niños y jóvenes, que ha desaparecido, simplemente porque ahora se hace un magnífico teatro para niños y jóvenes. Del Centro Dramático Nacional tampoco estoy muy orgulloso porque no era más que cambiar de nomenclatura, era el heredero del Teatro Nacional María Guerrero que dirigía José Luis Alonso. Queda el Festival de Almagro que tiene una importancia grande para todos los actores españoles.

José Manuel Garrido Guzmán creó la Compañía Nacional de Teatro Clásico y Adolfo, su director, me llamó para ser su asesor literario. Quiero poner de relieve la primera obra que hizo la Compañía Nacional de Teatro Clásico que es, ni más ni menos, *El médico de su Honra*, de Calderón de la Barca. Fue una apuesta valiente, arriesgada, peligrosa. Decía Lope de los dramas de honor: "Los casos de la honra son mejores, / porque mueven con fuerza a toda gente". Lo que va de ayer a hoy.... Ahora, algunos fanáticos de lo políticamente correcto piensan todo lo contrario, y lo pudimos experimentar en el estreno de *El médico de su honra*.

Cuando hice el Centro Dramático Nacional llamé a Adolfo para dirigirlo. Estuvo poco tiempo y no dirigió ningún espectáculo.

¿Y cómo empieza la Compañía de Teatro Clásico? Pues con *El médico de su honra* que luego se ha hecho con distintos repartos tres veces. Adolfo arriesgó porque la crítica, corta de vista, esperaba algo más convencional: resulta que ahora los dramas de honor ya no son mejores. Lope de Vega escribió un *Médico de su honra* anterior, menos importante, menos dramático que el de Calderón.



José Luis Pellicena en *El médico de su honra*, de Calderón de la Barca. 1986.
©Ros Ribas/CNTC

Yo, en la Compañía, como asesor literario, empecé a hacer las primeras versiones de las obras, no en solitario: las hacía en colaboración con Adolfo. Este ha sido el trabajo más cercano de colaboración de Adolfo conmigo. Leíamos los textos, y era él quien fijaba esos pasajes que podían ser más oscuros para el espectador; pues bien, Adolfo veía dónde estaba la dificultad y luego me encomendaba a mí que hiciera otros versos de más fácil comprensión.

Poco después, en el estreno de *Antes que todo es mi dama*, de Calderón de la Barca, el público aplaudió en pie la función, calurosa compensación al maltrato que había recibido Adolfo Marsillach en el estreno de *El médico de su honra*.

Podría contar muchas cosas más: los viajes que hicimos a Edimburgo; a Bamberg, donde E.T.A. Hoffmann creó un Festival dedicado, sobre todo, a los Autos Sacramentales de Calderón, más apreciados en la Alemania católica que en la católica España de los Ilustrados. Pero todo eso será en otra ocasión.

Mercedes Lezcano, Blanca Marsillach y Rafael Pérez Sierra en el homenaje.

# UN BELLO PENSAMIENTO

Por Eduardo Vasco
Exdirector de la CNTC

Eduardo Vasco en el homenaje.

Tengo que confesar que, aunque estoy muy agradecido de que se haya contado conmigo para poder participar en este homenaje, y tratar de añadir mi punto de vista sobre el hombre de teatro que nos ocupa, también me encuentro un poco abrumado al compartir escenario con tantas personas que realmente estuvieron cerca de Adolfo Marsillach, y que pueden hablar de él con el conocimiento que aporta la cercanía y el haber compartido experiencias tanto teatrales como personales.

El título de esta sección, "Adolfo y yo", resulta en mi caso un tanto forzado, porque, realmente, no hubo un "Adolfo y yo". Que yo recuerde tuvimos dos encuentros: uno muy for-

mal, que no tiene sentido reseñar, y otro, en el que nos habían convocado a varios directores para tener una charla sobre su persona, charla que luego se publicó. En aquella ocasión, al verme entrar por la puerta, días antes de mi primer estreno en el Centro Dramático Nacional, me dijo: "Vasco, ¿qué haces aquí? ¿No estrenas pasado mañana?". Yo, al escuchar su voz, perdí mi habitual locuacidad y no tuve la respuesta rápida como solía. Me cuadré como un soldado raso ante un general curtido en mil batallas, y acerté únicamente a dar una explicación breve sobre los días de descanso en los teatros nacionales.

Para mí, Marsillach era importante en muchos sentidos, ya que, por ejemplo, yo fui uno de esos chicos que venían en los inicios de la Compañía Nacional de Teatro Clásico con el instituto a ver los montajes de este Teatro de la Comedia. Al poco ingresé en la Escuela de Arte Dramático y me beneficié del privilegio de poder asistir a algunos ensayos generales en los que Adolfo daba notas. Fue un momento inspirador, puede que determinante, que ya conté, y publiqué, hace muchos años.

Eran unos tiempos curiosos y excitantes, como suele ocurrir durante el comienzo de las nuevas etapas en los teatros, y no digamos durante los primeros años del nacimiento de una institución. Pero aquello no parecía una cuestión tan institucional como personal; uno tenía la sensación de que la Compañía cabalgaba a lomos del carisma de Marsillach porque todo lo que allí ocurría estaba teñido de su personalidad.

Porque su personalidad, más allá de lo controvertido de algunas de sus decisiones, abrió una ventana en los clásicos que nos hizo entender a todos que aquel mundo de octosílabos y endecasílabos, de capa y espada, de mística y épica, no solo era asequible, sino que podría ser considerado como un material fantástico para la puesta en escena contemporánea.

Para nosotros, los que entonces éramos tan jóvenes, claro, la Compañía era la nueva ortodoxia. No queríamos hacer lo que

él hacía, de ninguna de las maneras, pero era evidente que nos había hecho entender que los clásicos eran también nuestros, que formaban parte de nosotros y que podrían expresar, también, nuestras inquietudes, y además, soportaban un sinfín de estéticas. Él, con su osadía, prendió la llama del gusto por el repertorio áureo a toda una generación que, más tarde, se dedicó a hacerlos e intentó pasar el testigo apasionado a la siguiente, y así sucesivamente. En aquellos años, con muchas formaciones diferentes, hicimos muchos clásicos con arrojo al margen de lo institucional, tratando de encontrar nuestro lenguaje propio. Con el tiempo, algunos acabamos siendo responsables, por un periodo, de casas del teatro como esta, en la que los clásicos eran la prioridad.

Adolfo pertenecía a una quinta (en la que están mis admirados y adorados Rafael Pérez Sierra, César Oliva o José Manuel Garrido) compuesta por gentes que pensaban que los clásicos debían ser una cuestión de estado. Que Cervantes, Lope, Tirso y Calderón… y todos aquellos poetas, merecían tener una casa y estar vivos en la escena de manera continuada. Y generaron dos espacios para asegurarse de que aquello sería así: El Festival de Almagro y la Compañía Nacional de Teatro Clásico: las últimas apuestas políticas realmente decididas que han tenido lugar en este país en el ámbito del teatro institucional —y que tienen ya varias décadas—. La razón de semejante empuje era una sola: aquellas gentes amaban los clásicos; amaban la palabra, la poesía; el teatro áureo. Y aquel pensamiento común tenía una fuerza tremenda: los clásicos deben ser una cuestión de estado.

De aquellos años recuerdo leer y escuchar debates interminables en las Jornadas de Almagro o Almería sobre la manera de decir el verso, sobre el repertorio que se debía primar, sobre los límites de las intervenciones en los textos… Conversaciones, en fin, sobre los clásicos protagonizadas por gentes que los amaban. Después, aquel pensamiento se fue diluyendo cuando aparecieron en la escena política opiniones más pragmáticas y

menos apasionadas, desapegadas del repertorio y con un conocimiento precario del arte teatral, hasta que el propio Adolfo, fuera ya de la institución, pidió que se replantease el nombre de aquel centro de producción porque que ya estaba lejos de los parámetros de estabilidad de elenco y estilo que él había propuesto al llamarla Compañía. Porque ya no era Nacional ni giraba casi por ninguna parte y tampoco se dedicaba a los clásicos áureos, como debiera, porque se empezó a abrir el abanico de las épocas y nacionalidades como si no hubiera suficientes comedias y autores en el Siglo de Oro que reivindicar; como si esta institución pudiera ser cualquier cosa.

Yo creo que el de Marsillach era un bello pensamiento al que deberíamos regresar: los clásicos como una cuestión de estado; reivindicar la belleza del castellano y los autores del Siglo de Oro. Ese pensamiento sería capaz de sostener una labor patrimonial, seria, a la altura de estas dos instituciones que acabo de citar. Hay que seguir la idea de Adolfo y de toda aquella quinta que soñó que los clásicos ya no abandonarían nunca la escena y serían parte de todas las generaciones de espectadores, aficionados y profesionales.

Y creo, también, que la Academia, que nos ha reunido hoy aquí, debe reivindicar el cuidado a estas instituciones con una voz sólida, con independencia de quién las dirija. El mensaje debe ser claro: esas instituciones no se tocan. Nuestras estructuras deben tener músculo y poder hacer su tarea. No se puede permitir el raquitismo presupuestario ni la arbitrariedad en estas casas de todos porque nos jugamos mucho. Nuestro patrimonio somos nosotros, y ese tesoro común se debe defender desde la profesión. No podemos perder cada cierto tiempo tanto trabajo, tanta ilusión de tantas gentes, de tantos profesionales que pasaron por aquí con la ambición de que los clásicos no podían ser otra cosa que una cuestión de estado. Y eso, en el contexto que hoy vivimos en este emblemático escenario, y en este oportuno homenaje, tiene todo sentido.

# UN ENSAYO DESCANSADO

Por Arturo Querejeta
Actor

Arturo Querejeta en el homenaje.

Estoy emocionado, no lo puedo evitar, porque para muchos Adolfo Marsillach supuso en sus vidas un antes y un después. No solo en el teatro en general, sino para las generaciones de actores y actrices que tuvimos el privilegio de trabajar con él. Hasta entonces, la tradición del teatro clásico se había ido poco a poco perdiendo, y gracias a esa maravillosa acción política -que nunca agradeceremos lo suficiente a José Manuel Garrido-, estamos hoy donde estamos.

Me pasa una cosa en Almagro, cuando me siento en su plaza, o cuando me siento en alguna de las terrazas cercanas, tomando algo: siempre veo a Marsillach con su gorrito paseando camino al parador. Lo veo siempre, todos los años, y me pregunto cómo sería el teatro que estaría haciendo ahora si no nos hubiera dejado tan pronto. ¿Qué obra se estaría montando? ¿Qué artículos estaría escribiendo ante la situación política, económica y cultural de este país? Quiero poner aquí de manifiesto, resaltar de alguna manera, algo que está en contradicción, pero que nunca se dice lo suficiente o se destaca lo suficiente de Adolfo. Ahora mismo, seguro que hay gente que se lo pregunta: ¿Cómo era Marsillach? En mi opinión, era complicado, de trato difícil, reservado, distante; una mezcla de escepticismo y altanería. Con una mirada aguda, escrutadora, de verbo fácil, gran ironía, con un humor cercano al sarcasmo. Yo, sin embargo, quiero añadir aquí su humanidad y su bondad. A mí me lo demostró en varias ocasiones y me consta que dio la cara por mí en alguna que otra ocasión, cuando no tenía por qué. Y no me resisto a contar como muestra un botón. Estábamos aquí, en el Teatro de la Comedia, ensayando una función. Yo había salido en mis primeras escenas y como tenía bastante tiempo hasta volver al escenario, me subí a un palco para intentar seguir el ensayo desde arriba. Pero me quedé dormido. Cuando llegó mi entrada me buscaron por todo el teatro hasta que un compañero dio conmigo. Azorado, llegué al centro del escenario; Marsillach estaba en la mesa de dirección. Le dije: "Adolfo, disculpa la tardanza, pero ya estoy aquí, podemos seguir el ensayo cuando quieras". Pausa dramática. Y me dijo: "Pero ¿dónde estabas?". En ese momento pasó por mí mente lo que no está escrito. Acababa de entrar en la Compañía Nacional de Teatro Clásico y creí que en ese mismo momento me iba a despedir Adolfo Marsillach. Así, en uno de esos momentos de coraje que nos llegan alguna vez

en la vida, decidí ser sincero arrostrando las consecuencias. Le confesé: "Adolfo, había pasado mis escenas, y como pensé que no ibas a volver atrás, me he subido ahí arriba para seguir el ensayo… y me he quedado dormido". Pausa más dramática. Me contesta: "Bueno, bien, Querejeta, pero ahora podrás hacer mejor el ensayo porque estarás más descansado…". En ese momento yo quería morirme. No sabía si desaparecer o tirarme al patio de butacas, salir corriendo y darle un abrazo. Ahí estaba. Demostrándome que confiaba en mí como actor. Si me había contratado, algo debió ver en mí y también confiaba en mí como persona. Y eso, en la relación con un director o directora, es algo fundamental e impagable. Por eso quiero traer aquí su imagen humana y de bondad. Él mismo se preguntaba si había sido un hombre bueno en el sentido más machadiano del término; yo creo que sí, y se lo demostró a más de una persona y en esos momentos complicados que siempre ocurren en las funciones del teatro cuando se está trabajando en este oficio.

Eso por el lado personal. Por el profesional, Mercedes lo ha recordado. Adolfo no creía que el teatro pudiera transformar o cambiar la sociedad, pero sí que podía ayudar a que despertara. Él se preguntaba si había conseguido los propósitos que le llevaron a tomar la dirección de esta Compañía y desgranaba una serie de motivos y problemas que arrastraba ese elenco, que ahora sería prolijo de mencionar aquí. Sí quiero decir uno que a mí me parece que es que es troncal y es básico. Él decía que había que hacer una reflexión conjunta sobre la Compañía Nacional de Teatro Clásico y sobre la necesidad de los clásicos en la sociedad de ahora mismo, en la sociedad que nos rodea. Y que si no había una acción política clara, diáfana y franca, como hubo en ese momento con José Manuel Garrido en el gobierno de Felipe González, y si no se dota a la compañía del presupuesto, de las estructuras

y de la infraestructura que merece, mejor sería que dejáramos a todos esos poetas en los anaqueles y en las estanterías y nos dejáramos de historias.

Yo intento reivindicar aquí esa reflexión conjunta que quería hacer Adolfo Marsillach para no tener que preguntarme, como él decía: "Esta profesión, ¿está de verdad conectada e influye de alguna manera en la sociedad, o estamos cada uno en el puesto que nos ha tocado como conserjes de un museo cada vez menos frecuentado?". He ahí la cuestión.

# UN HOMBRE SABIO

Por Fernando Ayuste
Director técnico

Fernando Ayuste en su intervención en el homenaje.

Es para mí un privilegio poder representar a mis compañeros técnicos en este merecido homenaje a Adolfo Marsillach. De esa manera, me siento partífice del gran proyecto que este creó y lanzó.

Cuando me puse a recordar mis vivencias en la Compañía Nacional de Teatro Clásico, lo primero que me vino a la mente fueron las coincidencias del destino, que muchas veces riman. En mis inicios en el año 1979, cuando estaba estudiando Maestría Industrial, aproveché para trabajar por las tardes y sacarme un sueldo en el Teatro Príncipe. Se progra-

mó entonces un magnífico y polémico montaje de Adolfo, *El Tartufo*, de Molière, en versión de Enrique Llovet. Ese 1979 se repuso este espectáculo, estrenado en el Teatro de la Comedia diez años antes, en 1969.

A partir de ahí empezó mi trayectoria profesional, gracias al iluminador de esa famosa producción, Francisco Fontanals, que viendo cómo trabajaba con apenas 19 o 20 años, me propuso formar parte de su equipo. Pasado el tiempo, gracias a unos antiguos compañeros, Ramón Loredo y Ángel Muñoz, me llamaron para formar parte de la Compañía Nacional de Teatro Clásico. Volvía a coincidir con Adolfo.

Por necesidad de la producción de *Antes que todo es mi dama*, de Calderón de la Barca, una magnifica función, los técnicos participábamos en los cambios a vista de escena, junto con los actores. La propuesta simulaba una filmación en la que se rodaba una película de comedia del Siglo de Oro. Me quedé prendado del buen ambiente, del trabajo que realizamos y, especialmente, de la labor en equipo. En gira (creo recordar que fueron como de unos seis meses fuera de Madrid), en cada función nos cambiábamos de vestuario para salir a escena. Fue fantástico.

Por entonces, la compañía había aumentado su actividad con diferentes estrenos. Recuerdo muy bien que Carlos Cytrynowski nos reunió para ofrecernos formar parte del equipo, una vez finalizada la gira de *Antes que todo es mi dama*. Era todo lo que deseábamos: seguir con el proyecto de la Compañía Nacional de Teatro Clásico de Adolfo Marsillach. Prácticamente duplicamos la plantilla, es decir, de una media de dos personas por sección, pasábamos a ser cuatro integrantes en cada una. Con este equipo se realizaban y distribuían las tareas de las diferentes producciones en sede y en gira, contando en aquella época con un servicio técnico propio del teatro, que

venía a ser de dos maquinistas, dos eléctricos y dos utileros. En mi caso, lo más atractivo, profesionalmente hablando, eran las responsabilidades con que teníamos que asumir en cada estreno y reposición en gira.

El tándem y binomio Adolfo Marsillach y Carlos Cytrynowsky era espectacular, nunca se contradecían, todo estaba perfecto. Adolfo se ocupaba de la interpretación con los actores, sabiendo perfectamente lo que se movía entre cajas, y Carlos estaba a cargo de toda la Producción Técnica. Era perfecto y ejemplar su entendimiento, digno de admiración.

Con *La Gran Sultana*, en 1992, me propusieron, junto con Antonio Pozón, realizar tareas de jefatura de Iluminación y maquinaria respectivamente. Para las nuevas producciones, me reunía con Carlos Cytrynowski y mi tarea consistía en entender el proyecto con todas sus necesidades. A partir de ahí, realizaba los planos de luces y una vez que todo estaba montado y dirigido, Carlos lo veía y revisaba absolutamente todo. Teníamos dos claras premisas:

- Máxima concentración en cada una de las secciones. No se debía fallar, no se debía parar el ensayo.
- Cada uno de los profesionales daba el máximo de sí mismo, éramos todo un equipo bien avenido, teníamos que dar la talla en respuesta a las exigencias profesionales con la que se trabajaba.

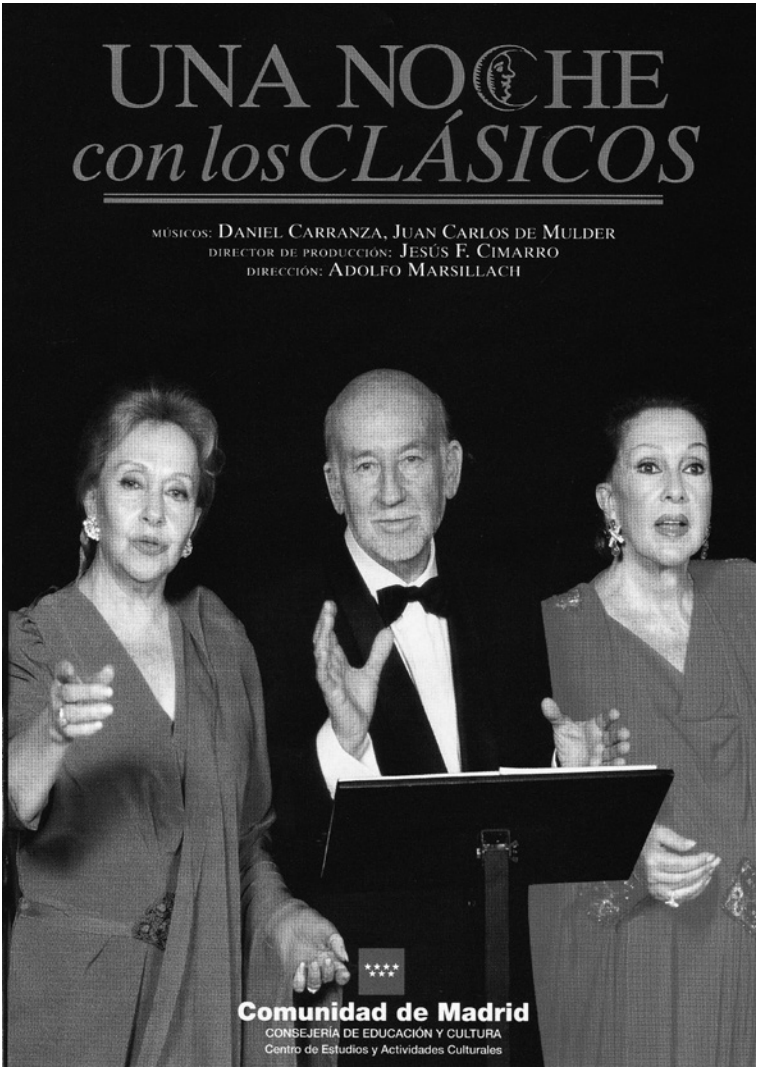
Estoy convencido de que se llegó a crear escuela de profesionalidad y excelencia gracias a Adolfo Marsillach y Carlos Cytrynowski.

Adolfo mostraba una actitud muy educada. Era la de una persona muy inteligente, que siempre tenía una respuesta sabía. Personalmente, me daba la sensación de que lo que más le gustaba era trabajar con sus actores, y que el resto también tenía

su importancia, pero sin molestar a la escena. En las giras, con todo bien aprendido, nos tocaba hacer las implantaciones de escenografía en los diferentes escenarios. Tengamos en cuenta que, en aquellos años, gran parte de los teatros eran algo precarios en equipamiento. Además, las producciones tenían que salir de gira con las mismas calidades y excelencia que en nuestra sede. La convivencia entre los técnicos era muy buena. Cada montaje era una meta conseguida. Solíamos ir de cena en cada plaza. Era una época muy bonita la que ahí se vivía.

Pedro Muñoz, ya como Director Técnico de la Compañía, me preguntó si quería hacer la iluminación de la última producción que iba a realizar Adolfo Marsillach en la Compañía: *El Misántropo*, de Molière. Me pareció una propuesta fantástica poder trabajar en equipo con Adolfo y en esa última función. De esta forma pude conocerlo mejor, con sus pros y sus contras. La verdad es que daba sensación de seguridad, dejaba hacer y lo que sí tenía muy claro era lo que no quería.

Estando en Madrid, Adolfo me preguntó si le podía echar una mano para su nuevo espectáculo, *Una noche con los clásicos*. En ese momento conocí a una persona mucho más accesible, muy atenta y sobre todo, muy detallista. Recuerdo que estábamos hasta altas horas de la noche en el Corral de Comedias de Almagro, en la puesta de luces, memoria a memoria, y él siempre presente para acordar cada efecto. Me acuerdo también que hizo un comentario, algo así como: "De ahora en adelante, esto es lo que nos va a tocar; volvemos al punto de partida". Fue todo un ejemplo de humildad, asumiendo todas las circunstancias: **¡Un hombre sabio!**




Cartel de *Una noche con los clásicos.* 1997.

# ALGUIEN DE LA FAMILIA

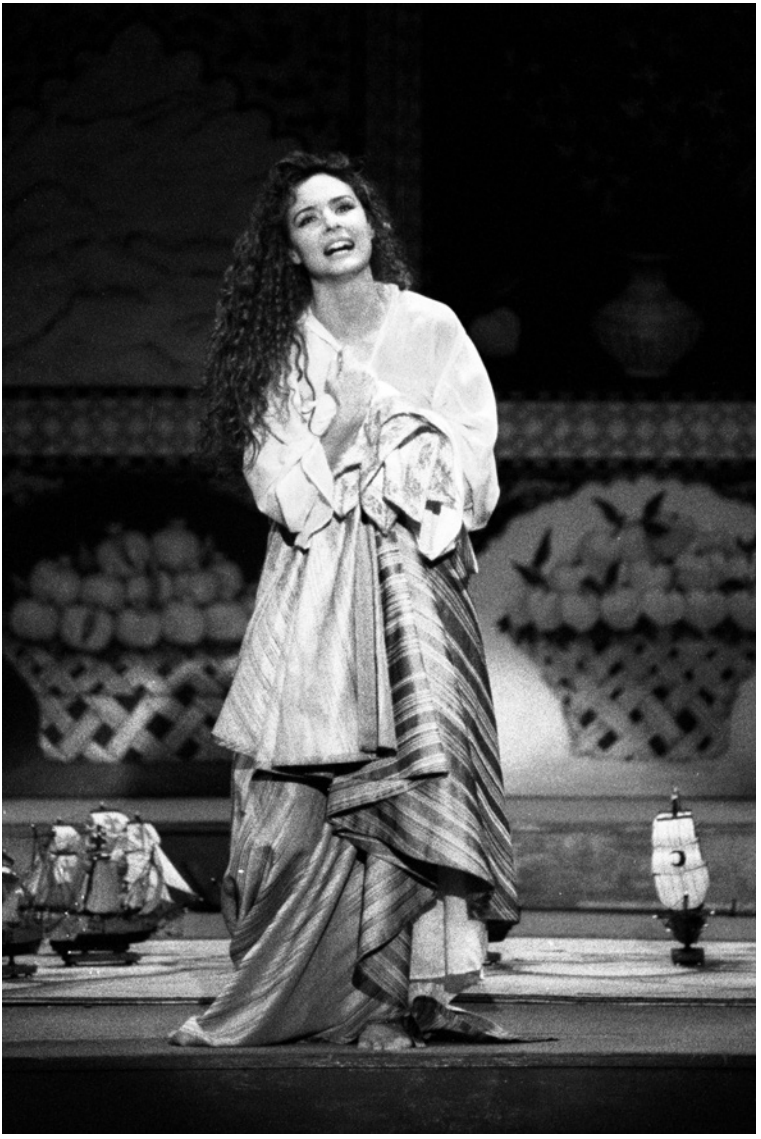
Por Silvia Marsó
Actriz

Coloquio en torno a Marsillach, con Roberto Alonso, Silvia Marsó, Cayetana Guillén y César Oliva.

Mi presencia aquí está relacionada, lógicamente, con el contacto que mantuve como actriz con Adolfo Marsillach, en la Compañía Nacional de Teatro Clásico. Para mí, el trabajar con él supuso un antes y un después en mi carrera como actriz. Recuerdo los nervios que pasé cuando me citaron para hacer pruebas para *La gran sultana*, de Cervantes, el siguiente montaje de la Compañía. Yo no había hecho nunca verso del Siglo de Oro y para mí era muy difícil aspirar a un personaje tan prota-

gónico. A pesar de que ya tuviera cierta experiencia, era muy joven y no había afrontado nunca el teatro clásico. La verdad es que lo pasé fatal, aunque me lo preparara mucho, mucho, yendo a clases particulares con la gran maestra de verso Josefina García Araez. Y es que todos los profesionales de la escena queríamos trabajar con Marsillach, porque la Compañía Nacional de Teatro Clásico era lo que más importante en esos momentos. Llenaba los teatros, todo el mundo comentaba sus montajes, había alcanzado un gran prestigio. Cada año nos preguntábamos qué iba a montar Marsillach esa temporada. Había una gran pasión en nuestra profesión por la Compañía Nacional de Teatro Clásico y por todo lo que hacía Adolfo.

El día que tenía que hacer la prueba andaba yo por las calles para ir al Teatro de la Comedia. Al pasar por la calle Lope de Vega, me encuentro de repente con una enorme placa en la fachada con el rostro de Cervantes en el convento de las Trinitarias. Leí: "Aquí está enterrado Miguel de Cervantes Saavedra". Yo, nada más ver eso, me arrodillé. "Por favor, Cervantes, por favor, que me salga bien la prueba, que me seleccionen a mí". Se lo pedí de rodillas. No había nadie en la calle. Menos mal. Bueno, pues me seleccionaron. Gracias a la oración al autor de la comedia que iba a hacer. El casting me pareció muy duro, porque fueron varias horas de leer, repetir, volver a leer... No se trataba solamente de salir al escenario y recitar un soneto, que era bastante difícil además. Me lo hizo hacer de varias formas. "Dilo como tú, como tú misma"; a saber qué era eso de decirlo como yo misma. Luego, "dilo como si se lo estuvieras diciendo a tu madre y estuvieras cabreada". "Empieza por allí y arrástrate por el suelo y dilo". Qué moderno, por favor, pensaba. Yo, que era joven y tal, me dije qué hombre tan, tan vivo, con esas ganas de hacer un teatro diferente. Ese día lo pasé muy mal, la verdad, adelgacé (ja,ja,ja), adelgacé de los nervios que pasé, pero al final me seleccionó.



Silvia Marsó en *La gran sultana*, de Miguel de Cervantes. 1992. ©Ros Ribas/CNTC

Como ha dicho Querejeta en su intervención, lo que más sentí fue la humanidad de Adolfo. Cuando me citaron en la 4.ª planta del número 14 de la calle Príncipe, fue él quien quiso decirme personalmente que me habían seleccionado. Era una persona muy educada. Un gran ser humano, a pesar de su timidez y de su mordacidad y de esa ironía que siempre le acompañaba. Yo creo que, en el fondo, era también señal de cierta inseguridad, cosa que se percibía en el trato cotidiano.

Fue una de las experiencias más bonitas de mi vida. De *La gran Sultana*, aún hay gente hoy en día que me dice que la recuerda; que cuando era adolescente fue a ver ese montaje y eso le provocó que se aficionara al teatro, o hasta que lo moviera a dedicarse a esta profesión. El espectáculo lograba que el público ejercitara los cinco sentidos: el oído, por supuesto, escuchando el verso y la música; el olfato, porque había pebeteros por todas partes, emanando aromas orientales, inciensos…; la vista, ya que veías el Palacio de Topkapi, representado por un gran Cytrynovski que hizo una escenografía apabullante (fue con Adolfo a Estambul para tomar notas y fotografías de todo cuanto pudieran); y hasta curiosamente el gusto pudo ejercitar el público puesto que, al final de la representación, se les ofrecía una tacita de té, de té moruno, lógicamente; incluso el tacto era practicado, pues Marsillach insistía en que estrecháramos la mano del público. "Que os toquen", decía. "Tocad a la gente". Aquel espectáculo fue un viaje por los cinco sentidos. Y por eso fue una obra que tuvo tanto éxito, porque la gente se sentía muy implicada y hasta cómplice de todo lo que pasaba en el escenario.

Para mí, Adolfo Marsillach era casi alguien de la familia, más que un director o un amigo, que me guiaba por la escena. Y hasta por la vida.

# MARSILLACH Y EL RESPETO A LA PROFESIÓN

Por Cayetana Guillén Cuervo
Actriz

Coloquio en torno a Marsillach, con Roberto Alonso, Silvia Marsó, Cayetana Guillén y César Oliva.

Mi vinculación con Adolfo Marsillach procede de lazos emocionales muy fuertes, casi diría que familiares. En casa era una persona muy presente, muy importante y respetada. Recordaré siempre que, con mis padres, hizo el espectáculo Sartre, con la presencia fundamental del Nuria Espert. *La puta respetuosa* y *A puerta cerrada* fue un montaje histórico de los años sesenta. Yo he oído hablar de Adolfo toda la vida.

Mi padre, que era de las personas más sabias y más justas del mundo, podría ser perfectamente el *alter ego* de Adolfo Marsillach, como lo pudo ser de Fernando Fernán Gómez. O así lo percibía yo de niña. Con ellos se sentía cómodo, su comunicación a nivel intelectual era muy elevada. Participaban en las tertulias del Café Gijón. Adolfo era una persona muy respetada en casa, un gran amigo de mis padres. Tuve esa relación con él. Una persona a la que admiraba profundamente; esa familiaridad hacía que, de niña, me sentara en sus rodillas. Los fines de año, Fernando Fernán Gómez reunía, en su casa de la Castellana, a sus amigos actores, actrices, colegas, que podían acudir allí con sus hijos. Yo fui varias veces. Como era la pequeña, mis hermanos salían de marcha, pero yo me quedaba con mis padres en casa de Fernán Gómez, en donde Adolfo acudía muchas veces también. En otras ocasiones, esas reuniones se hacían en mi propia casa, es decir, en la de mis padres. Nos sentíamos parte de una gran familia. Todos ellos eran personas a las que mis padres respetaban profundamente. Son mis referentes. Adolfo era, sin duda, un ser especial. Cuando fundó la Compañía Nacional de Teatro Clásico, lo único que yo quería es que me hiciera las pruebas pertinentes para poder entrar en aquel elenco. Tuve que esperar. Pero un día sonó el teléfono. Me dijo: ¨Los milagros existen". Hice las mismas pruebas que hizo todo el mundo, por supuesto. Pero le gusté. Supongo que a él le dio mucha alegría ver que lo hacía bien y que podía confiar en mí. "Vas a entrar en la Compañía Nacional de Teatro Clásico." Imagínate. Y entonces me puse a aprender todo lo que creía que necesitaba para estar allí. Estuve tres o cuatro años en el Clásico, y eso que eran mis primeros años de profesión.

Lo que recuerdo de aquel momento es el rigor, el respeto hacia la palabra, hacia el verso, hacia el espectáculo. El ayudante de dirección, que veía cada función, nos daba notas a cada

Silvia Marsó y Cayetana Guillén Cuervo en *La gran Sultana,* de Miguel de Cervantes. 1992.
©Ros Ribas/CNTC

momento. Eso me parecía maravilloso. Quiero citar también a otro de mis referentes, Eduardo Vasco, al que conocí cuando quise montar *El malentendido*, de Camus, de nuevo en homenaje a mis padres, porque ellos estrenaron este texto cuando Camus era un autor prohibido, en plena dictadura. También Vasco ha desarrollado una extraordinaria labor en el Clásico.

Adolfo me remite al respeto, a un gran respeto por todos los oficios que componen esta profesión. Mi formación no solo fue artística; también lo fue moral, ética, por el respeto y el placer que me causaba hacer cada día la función. Ese rigor que aprendí día a día, ensayo a ensayo, es quizás lo más importante de mi formación. Los mismos valores que viví en mi casa. Es fundamental para proteger el producto, para proteger la obra, el hecho artístico en sí; protegerlo y que sea lo que el director ha decidido que sea, eso sí, con la participación de cuantos intervienen en el montaje. Todo eso me marcó para siempre, la verdad. Y todo se lo tengo que agradecer a Adolfo Marsillach.

# ADOLFO Y YO.
# TAN LEJOS, TAN CERCA

Por Roberto Alonso
Director de escena

Roberto Alonso en el homenaje.

Mi relación profesional con Adolfo Marsillach va relacionada incuestionablemente con una profunda amistad que se mantuvo durante más de treinta años. Para iniciar este recorrido personal tengo que remontarme en un *flash-back* de casi medio siglo. Corría el año 1968. Yo era ayudante de Francisco Nieva y en calidad de tal me incorporé a los ensayos del *Marat-Sade*, el texto de Peter Weiss que Marsillach iba a poner en escena, y que inauguraría la temporada del Teatro Nacional de Cámara y Ensayo, en el Español de Madrid, lugar en donde

trabajaríamos hasta el estreno. Este montaje, del que Adolfo era director y empresario, estaba destinado inicialmente para el Teatro Poliorama barcelonés, pero ante el éxito de la obra en toda Europa, sobre todo la versión de Peter Brook con la Royal Shakespeare Company y la posterior película dirigida igualmente por el británico, la Dirección General de Cultura Popular y Espectáculos vio la posibilidad de que abriese temporada en Madrid, aunque fuera para tres días. Al frente de dicha Dirección General se encontraba Carlos Robles Piquer, yerno del titular de Información y Turismo, Manuel Fraga Iribarne. Ambos pensaron en dar cierta credibilidad a un gobierno que había abierto un poco la mano en materia cultural, intentando acercarse a la realidad europea. En la moderna, abierta y mucho más culta Barcelona de entonces, alejada del centralismo madrileño, de sus ministerios y del Pardo, se podía tolerar que se mantuviese en cartel más tiempo.

Los ensayos del *Marat* fueron extenuantes. Pude comprobar la enorme capacidad de trabajo de Adolfo, su pasión por el oficio, su talento como director en una cabeza donde todo estaba pensado y dispuesto, el respeto que emanaba, el riesgo que asumía y el asombro que se iba apoderando de todos nosotros según iban avanzando los ensayos. Venía siempre con los deberes hechos de casa, lo que no era impedimento para cambiar lo que fuera necesario si lo que hizo la noche anterior, una vez en el escenario, no se correspondía con lo que había establecido. En los márgenes del libro o en simples cuartillas tenía esquematizados en sencillos apuntes los movimientos, situaciones escénicas, palabras o frases que pretendía modificar, esto último tras consultarlo con el autor de la versión, Salvador Moreno Zarza, que no era otro que el dramaturgo Alfonso Sastre, autor entonces 'maldito', por lo que tuvo que firmar con seudónimo. Corrían malos tiempos para la lírica. El negro cendal de la censura se cernía inclemente sobre todo

aquello que no se acomodase a los intereses y directrices del régimen, como pudimos comprobar meses después.

Una noche en el Café Dorín, durante un descanso de los ensayos, comenté a Adolfo que en realidad lo que a mí me interesaba fundamentalmente era la dirección; entonces, me propuso hacer un meritoriaje, con él que acepté con júbilo. La compañía que iba a escenificar el *Marat-Sade* era tricéfala. Por un lado estábamos nosotros, Marsillach, Nieva y yo, con el elenco que ensayaba en el Español, y que representaba el grueso de los personajes principales: Marat (José M.ª Prada), Sade (el propio Marsillach), Duperret (José Vivó), Pregonero (Antonio Iranzo), Simona (Amparo Valle), Jacobo Roux (Gerardo Malla), Director de Charenton (Enrique Cerro)… Por otro, Antonio Malonda hacía un trabajo más físico y gestual con los Cuatro Cantores: Charo Soriano, Eusebio Poncela, José Enrique Camacho y Modesto Fernández, trabajando en su laboratorio; por último, Alberto Miralles, en Barcelona, ensayaba con su grupo Cátaro, en un trabajo cercano a los presupuestos de Artaud o Grotowski: actores que personificarían a los asilados en el manicomio. En total, casi setenta personas sin contar a Carlota Corday interpretada por Serena Vergano, que en esos días rodaba una película en la ciudad condal, y que se incorporaría al conjunto más adelante.

En un momento dado, todos confluyeron en el Español, y Adolfo engranó, unificó y dirigió con precisión de entomólogo a los tres grupos consiguiendo una puesta en escena, un montaje y un estreno, que significó un punto de inflexión en el teatro español: un antes y un después. Ya nada en nuestro teatro volvería a ser igual. El impacto y la conmoción que produjo el espectáculo, el enorme riesgo y el compromiso asumido por Marsillach yendo a contracorriente, con una espada de Damocles sobre su cabeza permanentemente, y el peligro que

significaba un texto como aquel en una España como aquella, contaba con la eventualidad de que un siempre posible fracaso comercial arruinase al Marsillach empresario, dada la envergadura del espectáculo. Todas estas fueron circunstancias que la noche del estreno pensaron muchos de los afortunados espectadores que asistieron estupefactos a la contemplación de un montaje impensable entonces, en su mayoría pertenecientes al mundo de la cultura y la política. Crítica, profesionales y público en general se unieron en un sonoro aplauso ante el rotundo éxito que traspasó nuestras fronteras; el *Marat-Sade* de Marsillach fue considerado por muchos como el mejor montaje hecho hasta el momento del texto de Weiss, incluso superior al del intocable Peter Brook.

Aquel estreno no estuvo carente de incidentes. Concentraciones estudiantiles en la plaza de Santa Ana, lanzamientos de octavillas, presencia de la Policía Armada, gritos de ¡Viva la Revolución!... Ecos del 68. El gobierno había decretado el estado de excepción por las revueltas estudiantiles y la situación en el País Vasco. Peter Weiss prohibió seguir representando su obra en un país sin libertades. Alfonso Sastre le escribió para que recapacitase y reflexionase sobre la idoneidad de proseguir con las funciones justo en un momento político como aquel. El autor alemán, nacionalizado sueco, dio marcha atrás y contestó con su aprobación. Marsillach fue al Ministerio para que Fraga permitiera continuar con las representaciones, pero el ministro franquista las suspende definitivamente. En aquel 1969, Adolfo Marsillach perdió mucho dinero con la suspensión del *Marat-Sade*. Pero ni se arredró ni se acomodó. En unos años donde, salvo los T.E.U. y los grupos de vanguardia, el teatro que se representaba en general era claramente burgués, con Alfonso Paso y Alejandro Casona copando la cartelera, Marsillach ponía en escena a Miller, Brusati, Camus, Sartre, Frisch, Valle, Weiss o a un maldito como Martín

Recuerda. Siempre fue incómodo para el régimen, que, pese a todo, le aceptaba y permitía lo que negaba a otros por su enorme prestigio, su indudable talento, el respeto de la profesión y su elegante manera decir lo que no podía decirse. Además, servía de coartada a su política cultural dándole una 'libertad controlada' que Adolfo se encargaba de descontrolar muy inteligentemente.

Tras el fracaso comercial que supuso *Biografía* , de Max Frisch, Marsillach comenzó los ensayos del *Tartufo*, de Molière, en una revisión de Enrique Llovet que inauguró en el Teatro de la Comedia la temporada 1969-70. Volví a colaborar en un montaje de Adolfo, ya que seguía siendo ayudante de Nieva, y continué como meritorio de dirección concediéndome ahora más libertad en mi cometido, poniéndome en nómina como ayudante de escena, y dándome la inmensa alegría de considerar e incluir alguna de mis propuestas en el montaje. Fueron nueve meses de contacto continuo en los que nuestra amistad se consolidó definitivamente. El éxito de aquel *Tartufo* sobrepasó todas las expectativas. Ácido, corrosivo, crítico, políticamente incorrecto, tanto el texto como la puesta en escena, la caracterización del personaje principal que interpretaba muy sibilinamente Adolfo, y de nuevo el riesgo asumido en la producción, colocaron el espectáculo en la diana. El Opus Dei controlaba el Gobierno con destacados miembros como ministros y altos cargos en su seno. El tecnócrata y el ejecutivo fueron figuras que lentamente irían ocupando los resortes del poder. El *Tartufo* de Marsillach comenzaba con todo el elenco irrumpiendo por el patio de butacas, subiendo al escenario con sus trajes de calle para cambiarlos por los minimalistas en escena, transparentes, que descendían del telar, y eran recogidos por los mismos actores mientras cantaban*:* "¡Ay que vivos, son los ejecutivos, que vivos que son, del sillón al salón, del salón al avión…!". Los espectadores podían

contemplar en escena cómo el antagonista de Tartufo, Orgón, tocaba el cello, ejecutando una partitura en la que se podía leer con claridad *Opus 69*. En la casa familiar había un loro que de vez en cuando gritaba con estruendo: ¡Opus 69! El Tartufo que Adolfo interpretaba desprendía un tufillo que recordaba al de ciertos y muy prominentes cargos públicos, y todo en su conjunto confluía en una acerada e inteligente crítica al momento político por el que España transitaba.

El espectáculo resultaba molesto para un Gobierno que había comenzado una tímida apertura hacia la modernidad. Marsillach volvía a cargar las tintas. Suspenderlo sería ponerles en evidencia, además el cartel de "No hay localidades" se colocaba casi todos los días en aquella triunfal temporada. El éxito era innegable. Hubo una tímida censura: se quitó el descarado loro que decía '*Opus 69*'. En ese momento no se podía hacer otra cosa. Se hablaba del *Tartufo* dentro y fuera de España; espectadores llegados del extranjero, destacados profesionales foráneos y todo tipo de gente llenaban el Teatro de la Comedia. El montaje fue solicitado desde diferentes países de Europa y América, incluidos los Estados Unidos de Norteamérica. A mayor éxito, mayor cabreo gubernamental, y menores las posibilidades de prohibir las representaciones. Pero encontraron la solución. Al acabar la temporada debería haber comenzado una gira por España que finalizaría volviendo de nuevo al Comedia en septiembre de 1970, para proseguir con su éxito. Fue entonces cuando el Ministerio prohibió la reposición prevista. La compañía, con *Tartufo* como estandarte, partió a un exilio voluntario hacia tierras americanas, con México como primer destino, continuando por otras capitales hispanas en un triunfal recorrido que se prolongó durante casi dos años.

En todo ese tiempo Adolfo y yo no perdimos el vínculo. Mantuvimos una relación epistolar en la que él me refe-

ría su experiencia americana, el pasmoso éxito obtenido en cada ciudad, el deseo de volver para seguir luchando: "… Nos damos de cabeza contra un muro, pero a ver si a fuerza de golpes logramos derribarlo". Yo le mantenía al tanto de la situación por la que atravesábamos, y del inmovilismo que nos rodeaba: "Veo que todo sigue igual. Escríbeme si tienes un rato libre. Aunque solo sea por aquello de ser 'compañero del alma, compañero".

Volvió pletórico a pesar de que *El español, la sopa, la cama y la muerte*, el nuevo espectáculo que pensaba montar, se lo había cargado la censura. Seguimos manteniendo una amistad inquebrantable durante la década de los setenta, época en la que fundamentalmente me dediqué al cine, coincidiendo con él en estudios como Exa o Fotofilm. En 1972 (si la memoria no me engaña) rodó una versión cinematográfica de la valle-inclanesca *Flor de Santidad*. Siempre cómplices, compartimos almuerzos, algún viaje, asistencia a festivales de cine, largas charlas, jazz y whisky en su estudio de la calle General Oraá, así como cooperaciones y proyectos.

Fueron pasando los años. Comenzando la década de los ochenta volvimos a colaborar en el montaje de dos zarzuelas: *La Tempranica* y *La Gran Vía*, para el madrileño Teatro de la Zarzuela. Se estrenaron en el otoño de 1983. Volvimos al Comedia para montar un singular texto de Adolfo, el sicalíptico y arrevistado *Cinematógrafo Nacional*. El éxito de las zarzuelas estrenadas exigió su retorno, y un año después, en noviembre de 1984, volvieron a estar en cartel.

Y llega 1985. Estaba yo contratado en el Teatro de la Zarzuela como coordinador, cuando, finalizando agosto, recibo una llamada de Marsillach para comunicarme que José Manuel Garrido Guzmán, a la sazón Director General del recién creado INAEM, le había encargado la creación de una

Compañía Nacional dedicada a nuestro teatro áureo, y en esa aventura deseaba que le acompañase. En los primeros días de septiembre nos encontramos en un restaurante vasco de la calle Bárbara de Braganza con nuestras respectivas mujeres, Mercedes y Linda, para, relajadamente, hablar de ese apasionante proyecto. Adolfo tenía un doble cometido: gestionar la incipiente institución y poner en escena las obras que constituirían el repertorio de la nueva compañía. En ambas cuestiones yo le ayudaría como adjunto a la dirección de la compañía, y ayudante de dirección escénica, por lo que la relación con él volvió a ser íntima y continua, personal y profesionalmente, durante los años que permanecimos juntos.

Marsillach era un director muy exigente ya desde las primeras lecturas y los ensayos de mesa, concienzudo, perfeccionista, con una enorme capacidad de trabajo, que sabía muy bien lo que quería, de gran personalidad y con un marchamo de intelectual comprometido. Por todo ello comenzó el camino para colocar a los clásicos en el lugar que justamente les correspondía… sin sentir por ellos una especial predilección. Porque a Adolfo no le gustaban especialmente los clásicos. Es cierto que luego, por la forzada convivencia, acabó enamorándose de ellos. En ese último trimestre de 1985, al mismo tiempo que visitábamos locales, tanto para la sede (se pensó en una de nueva planta, polivalente) como para el local de ensayos, trabajábamos en su piso de Ferraz. Largas jornadas aquellas en las que poníamos sobre la mesa un gran número de nombres de actores y actrices con el fin de iniciar las pruebas. Confeccionábamos el libro de dirección; discutíamos sobre las peculiaridades de los personajes de *El médico de su honra*, de Calderón de la Barca, el montaje inaugural, y acudíamos muchas tardes a los teatros madrileños, bien para constatar la idoneidad de algún actor previsto, como para descubrir algún otro sobre el que no teníamos muchas referencias.

En el trabajo era infatigable. Al día le faltaban horas. Muchas jornadas, concluido el ensayo, cuando todos se habían ido a casa, regresábamos a la oficina. Allí, solos, tranquilos ya, preparábamos la tarea del día siguiente, corregíamos, suprimíamos o añadíamos, charlábamos, y bien entrada la noche nos despedíamos. En ocasiones recibía una llamada suya en sábado o domingo: le había asaltado una duda, tenía una idea nueva, quería corregir un movimiento, cambiar una escena. Y nos encontrábamos en el despacho para dejar todo resuelto antes del próximo ensayo.

En enero de 1986 dieron comienzo los ensayos. Pilar Miró, entonces directora general de RTVE, le había encargado la escritura de una serie para Televisión Española, *Recuerda cuando*, que protagonizada por Fernando Guillén, Tina Sáinz y Manuel Galiana, debía grabarse justo cuando estábamos iniciando el camino de la Compañía Nacional de Teatro Clásico. Al acabar los ensayos de *El médico de su honra* trabajábamos los

*El médico de su honra*, de Calderón de la Barca, recreación del montaje de Marsillach por Roberto Alonso. 2021. ©Antonio Castro

dos en la oficina las escenas que se iban a grabar, me daba algunas directrices para los actores, y con ese material y al día siguiente, mientras él se encaminaba al cine Río (el primer local de ensayos de la Compañía), yo me reunía con los actores de la serie para ensayar las escenas trabajadas. Una vez terminada esa tarea me incorporaba de nuevo al trabajo de la Compañía. Una locura para los dos, que tuvimos que sobrellevar de la mejor manera posible sin desfallecer ni un solo instante.

A la hora de ensayar, Adolfo llevaba hechos, como anteriormente dije, los deberes desde casa, precisos, minuciosamente detallados. No dejaba nada al albur; a lo largo de algún ensayo, modificaba una entrada, un mutis, un efecto, un emplazamiento, una luz. Su indudable talento le hacía experimentar, repetir, cambiar, hasta que todo quedaba perfecto, a su gusto. Y esa perfección la exigía a su equipo: a mí, a los actores, a los técnicos. Podía consentir un fallo, un olvido, una distracción, hasta que consideraba que el proceso de duda estaba concluido. Cuando decidía que había llegado el momento en que ya no se podía dar marcha atrás, en que todo debía salir de la mejor manera posible, no admitía un fallo. Y si este se producía, entonces era temible.

Porque Marsillach causaba temor. Por su indudable prestigio, por su maestría, por su innegable autoridad. Un ensayo general era una ceremonia en la que a todos nos latía el corazón vertiginosamente. Nada podía fallar. Para Adolfo era como un estreno en el que se jugaba la vida. Y para nosotros. Y no había excusas. Si a lo largo del mismo se producía el más mínimo defecto, lo anotábamos cuidadosamente; al finalizar le pasaba mis notas y él a mí las suyas; las cotejábamos, se convocaba a la compañía, y comenzaba lo que más temían: la bronca, la reconvención, la filípica, lo que se conocía entre nosotros como una "adolfina". Esta podía producirse también

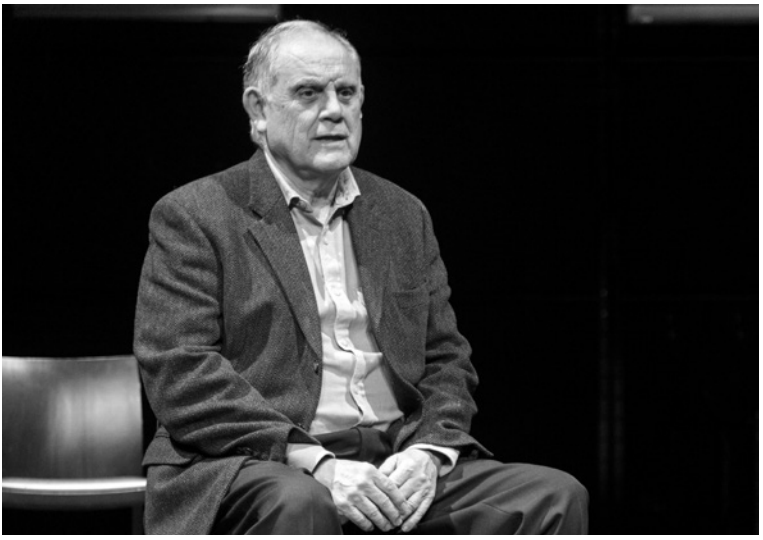
cuando todo había salido a la perfección, y entonces llegaba lo que más agradecían: la felicitación, la broma, la anécdota. En esas ocasiones un alivio balsámico recorría a todos, la sonrisa afloraba a los rostros, las miradas cómplices se multiplicaban y un sosegado elenco se sentía feliz de haber hecho las cosas bien, a su gusto. Adolfo era muy serio y temible en el trabajo, pero también, cuando quería y se sentía relajado, todo lo contrario: amable, bromista, irónico, siempre brillante, con un rico historial de sucedidos que hacían la delicia de todos cuando se decidía a compartirlo.

*El médico de su honra* se estrenó en abril de 1986, en el Teatro Cervantes, de Buenos Aires. Su veraniego estreno español fue en el sevillano Teatro Álvarez Quintero, para recalar después en el Festival de Almagro, e inaugurar luego la primera temporada de la Compañía Nacional de Teatro Clásico en el local que sería desde entonces su sede, el Teatro de la Comedia de Madrid, en octubre de ese mismo año. Su preciso y admirable montaje, donde se ponía en escena a Calderón de la Barca de una manera inteligente, moderna, minimalista, creativa y ciertamente desusada, causó sorpresa y fue mal entendida, recibiendo uno de los mayores palos que la Compañía Nacional de Teatro Clásico soportó durante la dirección de Adolfo, hasta tal punto que estuvo incluso dispuesto a tirar la toalla. Afortunadamente, con José Manuel Garrido a la cabeza, le convencimos de que ese disparate no podía producirse.

Haber trabajado con Adolfo Marsillach, y gozado de su amistad durante más de treinta años, fue un placer y un martirio a partes iguales, y siempre una emocionante aventura. Nuestra colaboración y afecto recorrió en todos esos años muy distintos territorios y múltiples caminos. Entre estos, sin dudarlo un instante, la gestación y alumbramiento de la Compañía Nacional de Teatro Clásico fue el más apasionante.

# EL POLIFACÉTICO ADOLFO MARSILLACH

Por César Oliva
Director de escena,
autor de *Adolfo Marsillach. Las máscaras de su vida* (2005)



Cesar Oliva en el homenaje.

Adolfo Marsillach Soriano es, sin duda, una de las grandes personalidades de la escena española del siglo XX. Su actividad, que ocupa prácticamente la segunda mitad del mismo, abarca todos los campos de la creación teatral: empezó como actor, se inició pronto en la dirección, compatibilizó las tablas con los platós de cine, y fue uno de los pioneros de la televisión en España, en donde escribió, dirigió e interpretó series

de gran calado. Es autor, además, de varias obras dramáticas, actividad a la que terminó dedicándose con entusiasmo. Llama la atención en una persona que lo fue todo en el mundo del teatro, escribiendo incluso textos de espléndido sentido escénico, como *Yo me bajo en la próxima, ¿y usted?* (1980) o *Mata-Ha*ri (1983), más versiones de obras que él mismo dirigía, llama la atención, digo, que sus últimos esfuerzos como creador se dedicaran a la escritura dramática. No es de extrañar, pues tampoco son pocos los actores y directores que combinaron su quehacer escénico con la escritura: Molière y Artaud, Noël Coward o el gran Eduardo de Filippo son auténticos paradigmas de esa alternancia pluma-coturno.

Nacido en Barcelona, en 1928, su padre, Luis Marsillach Burbano, fue periodista y crítico teatral. Pero sería con su abuelo, Adolfo Marsillach Costa, con quien más vínculos artísticos tendría. Este, también crítico, escribió y estrenó no pocas comedias en la segunda década del XX. El niño Adolfo Marsillach hace sus primeros estudios en los Maristas. Recuerda que, ya entonces, experimentaba el placer de ser escuchado cuando recitaba poesías ante sus compañeros. La magia de ser protagonista de algo.

Cuando termina la guerra civil tiene 11 años. Por influencia paterna, empieza a leer los grandes escritores contemporáneos, al tiempo que, cuando termina el bachillerato, inicia una carrera universitaria. Aunque no fuera un estudiante brillante, muestra pronto su inclinación por la literatura. Con 17 años forma parte el cuadro de actores de Radio Barcelona EAJ 1. Allí conoce a Enric Borrás. Debuta en el teatro profesional con la compañía de Ramón Martori, en donde consigue el carné del Sindicato de Teatro, Circo y Variedades. *Mariona Rebull* (1946), de José Luis Sáez de Heredia, supone su primer papel en el cine. Viaja ese año a Madrid para ensayar *Mamá*, de Gregorio Martínez Sierra, con el elenco de Catalina Bárcena.

Como vemos, desde su juventud se vincula con el teatro, aunque sin despreciar las oportunidades que le vendrán de la pantalla. En 1948 forma parte del Teatro de Cámara de Barcelona, con Antonio de Cabo y Rafael Richard. Interpreta obras de Tennesse Williams, Cocteau y Sartre. Intenta compatibilizar la escena con sus estudios de Derecho, pues a su padre le ha prometido terminar esa licenciatura. Pero la fecha más importante en su incipiente trayectoria es 1950, cuando Luis Escobar lo contrata para la compañía nacional del Teatro María Guerrero. Ese año estrena *En la ardiente oscuridad*, de Buero Vallejo, a la que seguirán *Siempre*, de Julia Maura; *La heredera*, de Ruth y Goetz; el famoso *Tenorio* de Dalí, y *El desdén con el desdén*, de Moreto. Con esta compañía sale por primera vez al extranjero, mientras que, con no poco sacrificio, termina la carrera universitaria a los 23 años.

El cine le ofrece el protagonista de *Cerca de la ciudad* (1952), de Luis Lucia, película de cierta carga social. También es Felipe II en *Jeromín* (1953), del mismo director. Todo ello sin dejar el teatro, en donde sobresale con *Escuadra hacia la muerte* (1953), de Alfonso Sastre, y *Murió hace quince años* (1953), de Giménez Arnau.

Escena de *Escuadra hacia la muerte*, de Alfonso Sastre. 1953.

En 1954 es contratado por José Tamayo, con el que hace el repertorio de la compañía Lope de Vega. Crea luego compañía con Amparo Soler Leal, instalándose en el Teatro Windsor de Barcelona. La primera obra que estrenan es *Bobosse*, de Rousin. Al no tener director al que recurrir, el mismo Marsillach asume dicha tarea, poco menos que de manera improvisada. Por consiguiente, su llegada a la puesta en escena fue por necesidad. En 1958 empieza a participar en el Teatro Griego de Barcelona, en donde dirige su primer texto clásico: *Los locos de Valencia*, de Lope Vega. Estimulado en su doble condición de actor y director, recibe el Premio Nacional de Teatro por el montaje de *Ondina*, de Giraudoux.

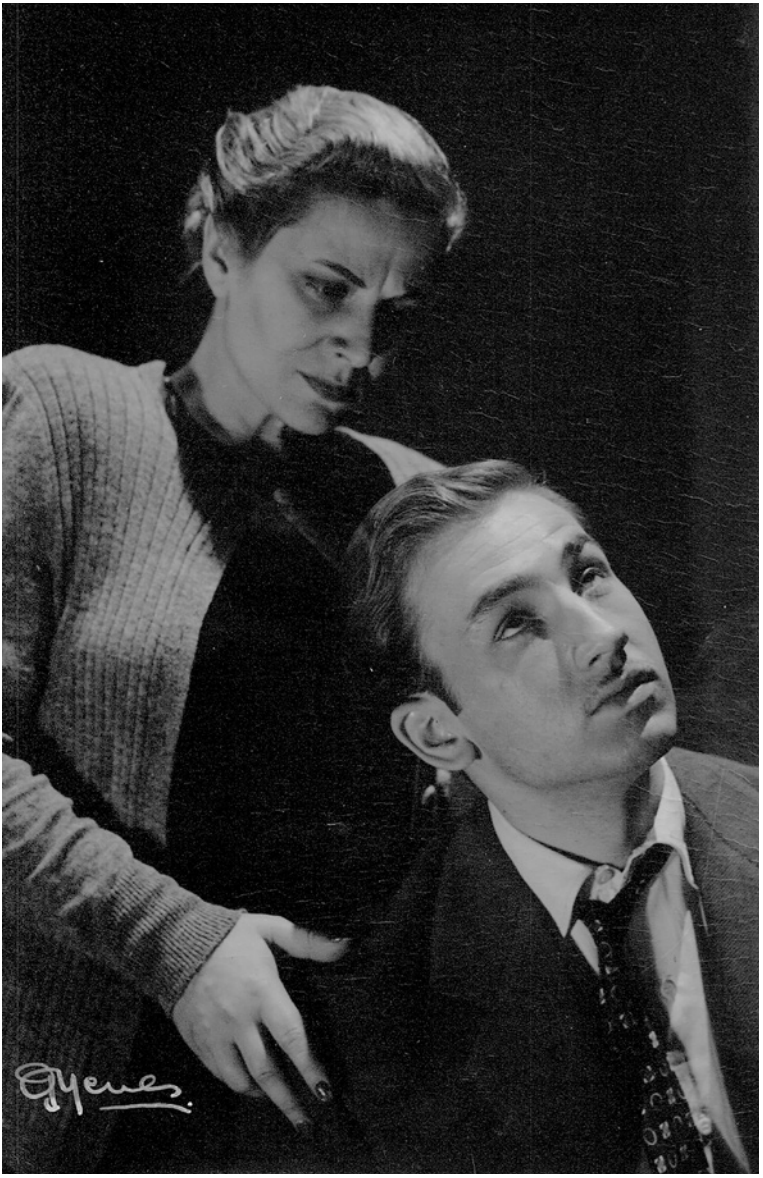
Por su papel de Ramón y Cajal en la película *Salto a la gloria* (1959), de León Klimovsky, consigue el Premio al mejor actor en el Festival de San Sebastián. Siguiendo el título de ese filme, también Marsillach logra su salto a la fama, que lo lleva a hacer mucho cine por esos años, como *Maribel y la extraña familia* (1960), de Forqué. En el Teatro Lara, cuando estrena *La cornada* (1960), de Alfonso Sastre, elabora el primer cuaderno de dirección que se conocía en la profesión, lo que lleva a José Monleón a publicarlo en la revista *Primer Acto*. En 1961, en su primer viaje a Buenos Aires, conoce a Rafael Alberti y otros intelectuales españoles exiliados. Ese año interpreta en el Teatro Español de Madrid *Hamlet*, de Shakespeare, dirigido por Tamayo. Empieza en Televisión Española un programa sumamente original, *¡Silencio… se rueda!,* en el que asume la escritura de sus guiones, al que seguirá *¡Silencio… vivimos!* Interviene en la película *El tulipán negro* (1963), de Christian Jacque, junto a Alain Delon y Virna Lisi. Vuelve a televisión para escribir y realizar *Fernández Punto y Coma* (1963), serie que sufre graves problemas de censura.

*Después de la caída* (1965), de Arthur Miller, es uno de sus grandes éxitos. Ese mismo año es nombrado director del Teatro Español, empezando una corta trayectoria con *Los siete infantes de Lara*, de Lope de Vega. Poco después, estrena *Águila de blasón*, de Valle-Inclán, en el Teatro María Guerrero. Por entonces ve al Living Theatre, recibiendo una de las mayores impresiones de su vida. En 1968 monta *Marat-Sade*, de Peter Weiss, el principio de una etapa en la que muestra un decidido interés por el compromiso social. *Tartufo* (1969), de Molière, en versión de Enrique Llovet, fue quizás el más polémico y exitoso montaje de su carrera; como lo sería *Sócrates* (1972). Tras estos dos grandes éxitos, dirige y produce *Suerte, campeón*, de Antonio Gala, pero la obra se censuró y prohibió cuando estaba anunciado su estreno.

El principio de la transición política española es un momento de máxima actividad para Marsillach, con montajes tan emblemáticos como *Las arrecogías del Beaterio Santa María Egipcíaca* (1977), de Martín Recuerda. En 1978, con el primer gobierno democrático, acepta dirigir el nuevo Centro Dramático Nacional; al cabo de un año, dimite. Vienen tiempos de variadas experiencias tanto teatrales, como cinematográficas. En 1985 llega uno de los momentos más importantes de su carrera: José Manuel Garrido, director general del INAEM, le ofrece crear y dirigir la Compañía Nacional de Teatro Clásico. Inicia su nueva actividad con *El médico de su honra* (1986), de Calderón, tras la cual vendrá una sucesión de títulos, a cuál más interesante, que despertaron el interés del público por los autores clásicos, además de recibir ciertas críticas por parte de algún sector. Sin embargo, el éxito de la mayoría de sus montajes, las giras que hacía la compañía, y la opinión de gran parte de los medios de comunicación, forjaron la idea de que el nacimiento de esta institución dedicada a los clásicos había sido una de las grandes aportaciones de la nueva política cultural.

En 1989, con no pocas dudas, acepta el nombramiento de director general del INAEM, del que cesa en noviembre de 1990. Contaba Marsillach que, por las tardes, se encerraba en su despacho para poder escribir teatro sin que nadie le molestara. En 1991 estrena su obra *Feliz aniversario*, con producción de Ángel García Moreno, y dirección del autor. En 1992 inicia un segundo período en la Compañía Nacional de Teatro Clásico. En 1999 publica sus memorias*, Tan lejos, tan cerca*. Nunca se desprendió de su vocación como articulista. Murió en 2002, con el proyecto de escenificar *Jaun de Alzate*, novela de Pío Baroja, sobre la mesa.

# CRONOLOGÍA DE ADOLFO MARSILLACH




*En la ardiente oscuridad,* de Antonio Buero Vallejo, con Pilar Muñoz y Adolfo Marsillach. 1950. ©Gyenes/CDAEM

1928. 25 de enero. Nace en Barcelona, en la avenida Mistral, número 51, principal. La calle, una vez terminada la guerra civil, pasó a llamarse Miláns del Bosch.

1931. De familia republicana, su padre, Luis Marsillach Burbano, periodista de profesión, y crítico teatral, celebró la victoria del 14 de abril. También su abuelo, Adolfo Marsillach Costa, fue crítico y autor teatral con varios estrenos entre los años diez y veinte del siglo pasado.

1934. Muere su abuelo. Estudia las primeras letras en los Maristas, en donde recuerda haber recitado su primera poesía, quizás de Samaniego. De entonces reconoce el placer de sentirse escuchado. Por esos años pasa el verano en Arbucias, un pueblecito del Montseny. Hará la comunión en la iglesia de San José Oriol.

1938. Tiene la posibilidad de ir a la Unión Soviética, como niño republicano, pero finalmente desiste.

1939. Las tropas de Franco entran en Barcelona. Para los Marsillach es el fin de la guerra civil y el principio de los problemas familiares. Por voluntad del padre, ingresa en el colegio de la Agrupación de Doctores y Licenciados en Ciencias y Letras. Tiene 11 años.

1-1944. Su padre le ayuda también a conocer la obra de Dickens, Shaw, Wilde, Chesterton, además de los escritores españoles del momento. A pesar de ello, no es buen estudiante, aunque hace su bachiller con normalidad. Lee a Homero, Cervantes, Lope, Quevedo, y a los románticos españoles, cuyos poemas memoriza. Manifiesta gran interés por la literatura.

De joven, visita con los amigos El Molino y La Bodega Bohemia, en donde, a veces, recita subido a una mesa.

1945. Con 17 años, ingresa en el cuadro de actores de Radio Barcelona EAJ 1.

Allí conoce a Enric Borrás. Debuta en el teatro profesional con la compañía de Ramón Martori, recorriendo Cataluña. Tras esa experiencia, consigue el carné del Sindicato de Teatro, Circo y Variedades. Se enrola en la compañía de Alejandro Ulloa, con el que hace de meritorio (Cómico 2º) en *Hamlet*. Pronto sustituye al actor que interpreta a Laertes y el Christian de *Cyrano de Bergerac*. Se matricula en la Facultad de Derecho, acatando la decisión de su padre, lo que le obliga a no salir de gira por el compromiso de terminar la carrera universitaria. Al menos, en primera instancia, porque por unas cosas u otras sí continúa haciendo teatro.

1946. Actúa en Sevilla con la compañía de Alejandro Ulloa.

Primera operación quirúrgica por inflamación del apéndice.

Con Francesca Bertini interviene en *La dama de las camelias*, de Dumas.

Interpreta su primer papel en el cine: una colaboración en *Mariona Rebull*, de José Luis Sáez de Heredia.

Por estos años tiene lugar la separación de sus padres. Luis Marsillach ha tenido una hija de otra mujer, con la que se va a vivir. Eso no impedirá una excelente y constante relación con su hijo.

Con Catalina Bárcena actúa en *Mamá*, de Gregorio Martínez Sierra, que había muerto poco antes de comenzar los ensayos. Este contrato supone su primer viaje a Madrid, para ensayar la comedia.

Elena Alted, su primera novia.

1947. Úlcera de duodeno y tres meses de convalecencia.

Sigue sus estudios en Barcelona.

Noviazgo con Montse.

1948. Ingresa en el Teatro de Cámara de Barcelona, con Antonio de Cabo y Rafael Richard. Con ellos hará *Un tranvía llamado Deseo*, de Williams; *El bello indiferente*, de Cocteau; *Huis clos*, de Sartre, y el que sería su primer gran éxito, *El zoo de cristal*, de Williams.

1949. Continúa Derecho e interpretando en el Teatro de Cámara de Barcelona.

1950. Ingresa en la compañía María Guerrero, de la mano de Luis Escobar. El 1 de diciembre estrena *En la ardiente oscuridad*, de Buero Vallejo. Hace el papel de Carlos, uno de los protagonistas. Su padre le acompaña en la ocasión.

En Madrid vive en la pensión Infanta Isabel de la calle Gran Vía. Su sueldo casi alcanza las 60 pesetas.

1951. Sigue en el repertorio del Teatro Nacional con un pequeño papel en *Siempre*, de Julia Maura.

1952. Breve noviazgo con María Asquerino.

Sufre una hemoptisis que le obliga a permanecer en cama durante varias semanas. La convalecencia la pasa en Barcelona. Después, se incorpora a la misma compañía nacional con *La heredera*, de Ruth y Goetz; *Don Juan Tenorio*, de Zorrilla, con escenografía de Dalí, y *El desdén con el desdén*, de Moreto.

Con esta compañía sale por primera vez al extranjero: festivales en Venecia y Biarritz. Confiesa haberse enamorado de nuevo, esta vez de Carmen Díaz de Mendoza, la Inés del drama romántico.

Termina su licenciatura en Derecho a los 23 años.

1953. Tras haber rechazado un papel a Tamayo (en *Muerte de un viajante*; precisamente el que dio fama a Paco Rabal), continúa con Luis Escobar en *Cocktail Party*, de Elliot; *El hospital de los locos*, de Valdivielso (representada sólo un día en la Plaza de Oriente de Madrid); *La Plaza de Berkeley*, de Balderston y Squire; *Las maletas del más allá*, de Félix Ros, y *Un día de abril*, de Smith.

El protagonista de *Cerca de la ciudad*, de Luis Lucia, le da notable fama. Interpreta el papel de un sacerdote (José) con intenciones sociales, que vive en un suburbio de Madrid. También participa en la película de Alejandro Perla sobre el *Tenorio* de Escobar y Dalí, en el mismo papel de Capitán Centellas.

1954. *Jeromín*, de Luis Lucia (hace de Felipe II), y *Vuelo 971*, de Rafael J. Salvia lo incorporan definitivamente al mundo del cine. En el María Guerrero interpreta aún *El jefe*, de Calvo Sotelo, y *Escuadra hacia la muerte*, de Alfonso Sastre, con el llamado Teatro Popular Universitario, bajo la dirección de Gustavo Pérez Puig. En el Teatro Español estrena *Murió hace quince años*, de Giménez Arnau, con dirección de Modesto Higueras.

Forma parte del jurado del Ciudad de Barcelona, premio de teatro para autores dramáticos.

1955. Realiza las Milicias Universitarias en Alcazarquivir (Marruecos).

Por fin es contratado por Tamayo, con el que interpreta *La destrucción de Sagunto*, *Romeo y Julieta*, *Peribáñez y el Comendador de Ocaña*, *La cena del rey Baltasar*, *Don Juan Tenorio*, *La alondra* y *Los intereses creados*.

Con el Teatro de Arte, dirigido por Alberto González Vergel, hace *La sangre de Dios*, de Alfonso Sastre.

Contrae matrimonio con Amparo Soler Leal.

1956. Crea con su esposa compañía propia y se instalan en el Windsor, teatro de bolsillo de Barcelona. El repertorio lo inaugura *Bobosse*, de Rousin, que es en realidad su primera puesta en escena.

1957. Sigue en el Windsor con *George and Margaret*, de Savoir, y *Harvey*, de Mary Chase.

Cine: *Torrepartida*, de Pedro Lazaga; y *El frente infinito*, del mismo director, en donde encarna a un heroico sacerdote en la guerra civil española.

1958. *La cárcel de cristal*, película de Julio Coll.

Continúa con su compañía con *Café del Liceo*, de Jaime de Armiñán; *El pan de todos*, de Alfonso Sastre, y *Mi adorado Juan*, de Miguel Mihura.

1959. Lleva a la escena del Teatro Griego *Ondina*, de Giraudoux; *Los locos de Valencia*, de Lope de Vega, y *Alejandro Magno*, de Terence Rattigan. Por la dirección de la primera recibe el Premio Nacional de Teatro. En el Teatro de la Comedia de Madrid estrena *Los tres pequeños*, de Alfonso Paso, y buena parte del repertorio que había hecho en el Windsor de Barcelona.

Viaje a París, con Amparo y Alfredo Matas.

Vuelve al cine con Forqué: *Un hecho violento*, en donde interpreta un cruel policía. El guión es de Alfonso Sastre.

1960. En el Griego pone en escena *César y Cleopatra*, de Bernard Shaw.

Se separa de Amparo Soler Leal, matrimonio que después de algún tiempo, y mucho dinero, se anula.

En un viaje inmediato a su separación desde Barcelona a Murcia, encuentra a Conrado Blanco que le propone programar el Teatro Lara, en Madrid. Allí vuelve a di-

rigir *Harvey*, de Mary Chase, además de *El comprador de horas*, de Jacques Deval.

Con *Salto a la gloria*, película de León Klimovski, consigue ser premiado como mejor actor en el Festival de San Sebastián. Su interpretación del científico español Ramón y Cajal es muy alabada.

En televisión hace, con Jaime de Armiñán, *Galería de maridos*.

1961. Año de mucho trabajo en el cine: *091 Policía al habla*, de José María Forqué; *Mi calle*, de Edgar Neville; *La paz empieza nunca*, de León Klimovsky, y *Maribel y la extraña familia*, también de Forqué.

*La cornada*, de Alfonso Sastre, y *Tengo un millón*, de Víctor Ruiz Iriarte, en el Teatro Lara. De *La Cornada* redacta un detallado cuaderno de dirección, publicado en *Primer Acto*, que es el primero que se conoce en la escena española.

En radio hace *Yo he visto a la muerte*, con Jaime de Armiñán.

Empieza a frecuentar a Teresa del Río, actriz y ex Miss España.

Pasa la Nochebuena en el Congo, adonde lleva una paella a unos misioneros españoles.

1962. Viaje a Argentina para hacer *El secreto de Mónica*, de José María Forqué, con Carmen Sevilla. También interpreta el film de Luis Saslavsky *Historia de una noche*. En Buenos Aires conoce a Rafael Alberti, María Teresa León, Alejandro Casona, Gori Muñoz y otros artistas e intelectuales exiliados españoles.

En el Teatro Español hace el papel de *Hamlet*, de Shakespeare, con Tamayo, y Mercedes Alonso como Ofelia. Su interpretación divide al público, pues aunque algunos lo rechacen otros lo vitorean, incluidos sus compañeros.

Alcanza su máxima popularidad con *¡Silencio… se rueda!*, en Televisión Española, que escribe, interpreta y dirige.

1963. Continúa trabajando para televisión: *¡Silencio… vivimos!*

Y sigue haciendo cine: *La pandilla de los once*, de Pedro Lazaga, y *Alegre juventud*, de Mariano Ozores.

En el Lara dirige e interpreta *Micaela*, de Joaquín Calvo Sotelo.

Se consolida su relación sentimental con Tere del Río, con la que tendrá dos hijas.

1964. Dirige para Rocío Dúrcal *Un domingo en Nueva York*, de Norman Krasna. En el Teatro Valle-Inclán hace *Mary, Mary*, de Jean Keer. Inicia una nueva etapa en el Teatro Goya, de Madrid, en donde pone en escena *El huevo*, de Felicien Marceau.

Rueda con Christian Jacque *El tulipán negro*, junto a Alain Delon, Virna Lisi y Akim Tamirov, con el que tendrá una excelente relación.

En televisión, con bastantes problemas de censura, rueda *Fernández Punto y Coma*. Después será *Habitación 508*.

Nace su hija Cristina.

Es nombrado Barcelonés del año.

1965. También con Christian Jacque participa en la película *La cena de los cobardes*. Y con Pedro Lazaga, en *El tímido*.

Hace en el Teatro Recoletos *Las personas decentes me asustan*, de Emilio Romero, y en el Goya, uno de los montajes de los que más satisfecho se muestra, *Pygmalion*, de Bernard Shaw. Es la primera vez que colabora con Francisco Nieva como escenógrafo.

Con motivo de ser jurado en el Premio de las Américas viaja a La Habana.

1966. En el Goya, estrena *Después de la caída*, de Arthur Miller, con Marisa de Leza. Luego llevarán esta obra al Poliorama de Barcelona. En el Teatro Alcázar de Madrid, *El poder*, de Joaquín Calvo Sotelo.

Se hace cargo del Español de Madrid, uno de los teatros nacionales que dependen del Ministerio de Información y Turismo. Comienza dirigiendo *¿Quién quiere una copla del Arcipreste de Hita?*, de José Martín Recuerda.

1967. En el mismo escenario pone en escena *Los siete infantes de Lara*, de Lope de Vega. Después del estreno hace un viaje a Londres.

En el María Guerrero, y siendo aún director del Español, hace *Águila de blasón*, de Valle-Inclán. Tras obligarle a cortar dos escenas de la obra, dimite de su cargo oficial.

Interpreta en el cine *Las salvajes en Puente San Gil*, de Antonio Ribas, según la obra dramática de Martín Recuerda. Con Jorge Grau, *Una historia de amor*.

Viaje a México.

En el Teatro Goya dirige *La piedad de noviembre*, de Bursati.

Nace su hija Blanca.

1968. En el Poliorama de Barcelona, y junto a Nuria Espert, dirige e interpreta un programa con dos obras de Jean Paul Sartre: *La p… respetuosa* (la censura no permitió llamarla como en el original) y *Huis clos*. En el Goya, de Madrid, hace *Marbella, mon amour*, de Juan José Alonso Millán.

En Barcelona ve al Living Theatre, en *Antígona*. Es una de las mayores impresiones que recibe en su vida.

Actúa en la película de Agustín Navarro *Camino de la verdad*.

Deja Televisión Española.

Durante su estancia en Barcelona interpretando las obras de Sartre, mantiene una corta relación con Pilar Miró.

1969. Dirige para la compañía de Fernando Guillén y Gemma Cuervo *El malentendido*, de Albert Camus, estrenada en el Poliorama de Barcelona.

Pilar Miró es quien le da la noticia de los sucesos de mayo en París.

Vuelve a Londres a ver al Living Theatre: *Paradise Now*. Asiste también a otros espectáculos musicales por los que apenas muestra interés alguno.

Estrena primero en Madrid, luego en Barcelona, *Marat-Sade*, de Peter Weiss, en versión de Alfonso Sastre, que, por problemas políticos, figura con el seudónimo de Salvador Moreno Zarza. La obra es todo un éxito.

Recibe la Medalla de Oro de Radio Barcelona.

1970. El Estado de excepción decretado en febrero hace que Peter Weiss suspenda el permiso para representar *Marat-Sade*. Cuando finalmente la autoriza, es el Ministerio de Información y Turismo quien decide cancelar definitivamente esas representaciones.

Monta enseguida *Biografía*, de Max Frisch, que lleva al Teatro Moratín, de Barcelona, aunque luego se hará en Madrid.

Hace las películas *El certificado*, de Vicente Lluch, y *Prólogo*, de Gerardo Malla.

El 3 de octubre estrena, en el Teatro de la Comedia de Madrid, *Tartufo*, de Molière, en una controvertida versión de Enrique Llovet, autorizada expresamente por el ministro Fraga Iribarne.

En abril ha sido operado de úlcera de duodeno en la Clínica San Camilo, de Madrid. Cuando se repone va a visitar a su padre enfermo.

En verano vuelve a Londres. Asiste al Festival pop de la isla de Wight. En esos días le avisan de la muerte de su padre.

Recibe el Premio Mayte de Teatro por su trabajo en el *Tartufo*.

Época de continuos cambios en sus relaciones sentimentales.

1971. Continúa toda la temporada con el *Tartufo*. En el verano, y cuando se dispone a llevar la obra de Molière por toda España, recibe la orden de prohibición. Sale de gira por América Latina con dicha producción. Allí tiene la intención de montar *Trotski*, de Peter Weiss, proyecto que no llega a cuajar.

Interpreta *Temporalidad interna*, una película de Javier Aguirre.

Breves relaciones sentimentales con diversas mujeres.

Rompe definitivamente con Tere del Río.

1972. Interpreta en México D.F. la obra de Peter Shaffer *La huella* (llamada allí *Sabueso*), junto a Manolo Fábregas.

En un ensayo general con público se hiere con un arma, circunstancia que lo lleva al hospital. En México trata con Luis Buñuel, Paco Ignacio Taibo, Max Aub, Julio Alejandro, Carlos Fuentes, Emilio Carballido y otros intelectuales del lugar.

Hace *Fluctuaciones entrópicas*, de Javier Aguirre.

Interviene en la gala de reapertura del Teatro Maria Guerrero de Madrid.

1973. *Sócrates*, de Enrique Llovet, a partir de textos de Platón, Jenofonte y Diógenes Laercio, en el Poliorama de Barcelona. Gira posterior por toda España.

Dirige su primera y única película: *Flor de santidad*, según el relato de Valle-Inclán. La censura la mutila de manera extrema.

Se hace una casa de descanso en Cercedilla (Madrid).

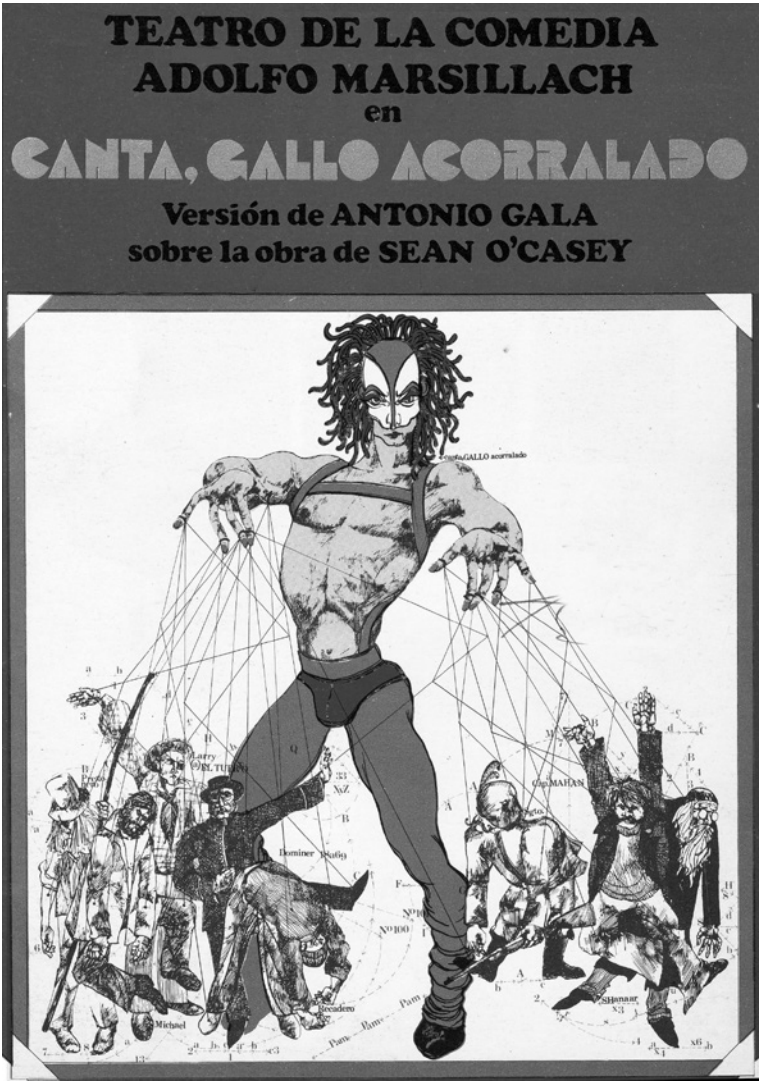
1974. En el Teatro Marquina de Madrid realiza la puesta en escena de *La señorita Julia*, de Strindberg, aunque no la interpreta. En el reparto figura su exmujer Amparo Soler Leal. Ensaya para el Teatro de la Comedia *Suerte, campeón*, de Antonio Gala, que la censura no permite estrenar. A cambio, prepara con cierta urgencia *Canta, gallo acorralado*, de Sean O'Casey, en versión del propio Gala. El decorado, en el que predomina los colores amarillos, es de Fabià Puigserver. En esos días muere su madre; el propietario del Comedia, Tirso Escudero, y un maquinista del teatro.

1975. Largo paréntesis de actividad en los escenarios nacionales.

Premio Nacional de Teatro a la mejor dirección escénica.

Vuelve a televisión con *¡Silencio… estrenamos!*, dura sátira sobre el mundo del teatro, de manera principal contra los autores.

*La Regenta*, de Gonzalo Suárez




Cartel de *Canta gallo acorralado*, de Sean O'Casey. 1973

1976. *La cruz del diablo*, de John Gilling.

Apoya con su firma la huelga de actores que se inicia en febrero.

En México rueda *El hombre de los hongos*, de Roberto Gavaldón, en cuyo rodaje sufrió un accidente con una pantera.

Prepara también en México, para Dolores del Río, la puesta en escena de *El león en invierno*, que no llega a realizarse por enfermedad de la actriz. Estas circunstancias hacen que permanezca durante cierto tiempo en aquel país.

Estancia en Londres con el fin de localizar exteriores para *La señora García se confiesa*. Allí le sorprende la noticia de la muerte de Franco.

1977. Sigue haciendo cine: *La ciudad quemada*, de Antoni Ribas.

Comprueba su afinidad con Mercedes Lezcano, a quien ha conocido dos años antes en la cafetería del Teatro María Guerrero.

*La señora García se confiesa*, con Lucia Bosé, en formato de serie para televisión.

Se compra un apartamento en Lanzarote, isla que adora, y en donde se pierde cuando quiere descansar o preparar algún proyecto.

1978. *Las arrecogías del Beaterio de Santa María Egipcíaca*, de Martín Recuerda, en el Teatro de la Comedia de Madrid. Concha Velasco hace el papel de Mariana. En el reparto figura Mercedes Lezcano, con la que consolida su convivencia. La obra es un gran éxito. Está punto de cumplir los 50 años. Dirige a Rocío Dúrcal en *Contacto peculiar*, de Mike Scout, en el Teatro Reina Victoria.

*Al servicio de la mujer española*, de Jaime de Armiñán.

Como actor y productor hace *El arquitecto y el emperador de Asiria*, de Fernando Arrabal, con dirección de Klaus Maria Grüber. Cruce de acusaciones con el autor que termina con la gira proyectada, tras su estreno en Barcelona.

1979. Escribe la versión de *Las manos sucias*, de Sartre, para José Luis Alonso.

A poco de cumplir el medio siglo, Rafael Pérez Sierra, director general de Teatro del primer gobierno de la UCD, le ofrece fundar un Centro Dramático Nacional. Acepta ponerlo en marcha, y programa para la temporada 78-79 seis obras en los teatros María Guerrero y Bellas Artes, sedes iniciales de la nueva institución, ninguna de las cuales dirige personalmente.

1980. Al cabo de un año de existencia del CDN dimite de su cargo de director. El hecho coincide con la llegada del segundo gobierno de la UCD, y salida del Director General de Teatro que lo nombró.

1981. Repone el *Tartufo*, de Molière, en el Teatro Príncipe de Madrid.

En Navidad estrena en Valencia *Yo me bajo en la próxima, ¿y usted?*, su primera obra como autor y director. Concha Velasco y José Sacristán son los intérpretes.

1982. A primeros de enero se estrena el anterior montaje en el Teatro de la Comedia de Madrid, en donde se mantiene durante más de una temporada, aunque tenga él mismo que sustituir a Sacristán. La obra es todo un éxito. Es traducida y estrenada en varios países.

En cine hace *El poderoso influjo de la luna*, de Antonio del Real.

1983. Interpreta para televisión la serie *Ramón y Cajal*, dirigida por José María Forqué, en donde se reencuentra con el personaje que tanta fama le diera veintitrés años antes.

1984. *Mata-Hari* en el Teatro Calderón de Madrid, de nuevo con Concha Velasco, y de nuevo con texto propio y dirección. Discreta recepción.

Antonio González Vigil lo dirige para la pantalla en *Delirios de amor*.

1985. Para el Teatro de la Zarzuela dirige *La Gran Vía*, de Chueca y Valverde, y *La Tempranica*, de Gerónimo Giménez.

*Cinematógrafo Nacional. Espectáculo Sicalíptico Musical*, a partir de varias obras que adapta y dirige, se estrena en el Teatro de la Comedia. Su aceptación es bastante escasa. Llama a esta producción como "descalabro". *Sesión continua*, de José Luis Garci. Viaja a Los Ángeles para asistir a la ceremonia de entrega de los Oscar, para la que está nominada esta película. No consiguen ningún galardón.

1986. Con Luis García Berlanga hace de marqués inválido en *La vaquilla*.

Para el Centro Dramático Nacional, dirigido entonces por José Luis Alonso, pone en escena *Anselmo B o la desmedida pasión por los alféizares*, de Francisco Melgares.

En septiembre acepta la dirección de la Compañía Nacional de Teatro Clásico, un nuevo elenco que se propone programar obras de los poetas del Siglo de Oro. Tiene 57 años. La iniciativa es del Director General del INAEM, el socialista José Manuel Garrido.

Primer montaje de *El médico de su honra,* de Calderón de la Barca.1986.
©Ros Ribas/CNTC

1987. Estrena los dos primeros espectáculos de la Compañía Nacional de Teatro Clásico: *El médico de su honra*, de Calderón de la Barca, y *Los locos de Valencia*, de Lope de Vega. La primera en Argentina, en marzo. Posteriormente, ambas lo harán en el Festival de Almagro, que dirige a partir de esta edición Rafael Pérez Sierra. En temporada se programa en el Teatro de la Comedia de Madrid, sede a partir de entonces de la nueva compañía. En esta etapa como creador escénico va acompañado de Carlos Cytrynowski como escenógrafo.

*Recuerda cuando*, para Televisión Española.

1988. Su trabajo en la Compañía Clásica le absorbe casi por completo. Este año añade al repertorio, *Antes de todo es mi dama*, de Calderón, que tiene un enorme éxito de público.

Recibe el Premio ADE al mejor director.

1989. *La Celestina*, de Fernando de Rojas, en el Teatro de la Comedia, y *El Burlador de Sevilla*, de Tirso de Molina, en Almagro. Esta última se lleva a cabo en coproducción con el Teatro San Martín, de Buenos Aires, en donde se representa durante una corta temporada.

Colabora con la ADE en un espectáculo conmemorativo titulado *Brecht 90 aniversario*. Interpreta un discurso de *Galileo*.

Con *Esquilache*, de Josefina Molina, recibe el Premio Goya al Mejor Actor de Reparto por el papel de Carlos III.

Para televisión interpreta *Cinéma*, de P. Lefebvre.

1990. Dirige en el Grand Théâtre de Ginebra *L'heure espagnole*, de Maurice Ravel. De nuevo en Almagro, estrena *El vergonzoso en palacio*, de Tirso de Molina, que enseguida pasará al Teatro de la Comedia. Poco antes, el 14 de julio, acepta el nombramiento de Director General del INAEM (con 61 años), lo que lo aleja provisionalmente de la responsabilidad de la compañía, que recae en Rafael Pérez Sierra.

1991. Viajes oficiales a Nueva York y Moscú, este último acompañando a la reina Sofía.

Continúa su actividad política, que cesa el 8 de noviembre de este año, cuando dimite de manera irrevocable. No le gusta la experiencia oficial. De pronto se encuentra sin despacho y sin compañía.

Hace con Jaime Camino la película *El largo invierno*.

1992. Estrena y dirige primero en Sevilla (2 de enero), luego en Madrid, su obra *Feliz aniversario*. Recibe por ella el Premio al mejor autor del Meliá Parque de Valladolid.

Accede dirigir un ciclo de Teatro Español Contemporáneo para la Exposición Universal de Sevilla, en el que programa seis textos de autores del momento.

Interpreta para televisión la producción de Basilio Martín Patino *La seducción del caos*.

Recibe la Medalla de Oro al Mérito de las Bellas Artes.

1993. *Yo me bajo en la próxima, ¿y usted?*, es llevada a la pantalla con dirección de José Sacristán.

Actor invitado en *Moby Dick*, por Vittorio Gassman, en la Expo de Sevilla.

Regresa a la dirección de la Compañía Nacional de Teatro Clásico con *La gran sultana*, de Cervantes, que estrena en el Teatro Lope de Vega de Sevilla.

Publica *Feliz aniversario* en la Sociedad General de Autores Españoles.

1994. *Fuenteovejuna*, de Lope de Vega, nuevo espectáculo con su Compañía.

Dirige *Carmen*, de Bizet, en el Grand Théâtre de Ginebra.

1995. Repone *El médico de su honra*, de Calderón de la Barca, y estrena *Don Gil de las calzas verdes*, de Tirso de Molina, ambas para la Compañía Nacional de Teatro Clásico.

Jurado de la primera convocatoria del Premio María Teresa León para autoras de teatro.

Se le detecta cáncer de próstata.

1996. Repone en el Teatro Bellas Artes de Madrid *Yo me bajo en la próxima, ¿y usted?*

Vuelve a televisión con un programa de entrevistas titulado *Tren de cercanías*, tras no aceptarle el proyecto *Máxima audiencia*.

Escribe la novela *Se vende ático: escenas conyugales para leer a ratos*, que recibe el Premio Espasa Calpe de Humor. En Editorial Península publica *Carta abierta a un amigo frecuentemente disgustado por los tiempos que nos ha tocado vivir*.

La ADE edita su comedia *El saloncito chino*.

Recibe el Premio Ercilla, en Bilbao.

1997. *El Misántropo*, de Molière, último montaje que estrena con la Compañía Nacional de Teatro Clásico, que abandona después del triunfo del Partido Popular en las elecciones generales de ese año.

Viaje a Nueva York para consultar el alcance de su enfermedad.

En el Festival de Almagro, presenta *Una noche con los clásicos*, que interpreta junto a Amparo Rivelles y María Jesús Valdés.

Premio Segismundo a toda su labor teatral de la Asociación de Directores de Escena.

1998. Estrena en el Teatro Nacional de Barcelona *L'auca del senyor Esteve*, de Santiago Rusiñol.

Boda con Mercedes Lezcano, con la que convivía desde hacía veinte años.

1999. Dirige *La Celestina*, un espectáculo musical para el Ballet Nacional, en el Teatro Real, con coreografía de Ramón Oller y música de Carmelo Bernaola.

Repone en el Teatro de la Zarzuela *La Gran Vía*, junto a *El chaleco blanco*, de Ramos Carrión.

Publica su autobiografía *Tan lejos, tan cerca*, que recibe el Premio Comillas y el Don Juan de Borbón, al mejor libro del año.

2000. Interpreta y dirige *¿Quién teme a Virginia Wolf?*, de Edward Albee, con Nuria Espert de pareja protagonista. Se estrena en el Teatro Gayarre de Pamplona.

Es nombrado Presidente de la Asociación de Directores de Escena.

Medalla de Oro de la Comunidad de Madrid.

2001. Pone en escena el recital *Versos de mis cuatro esquinas*, en el Festival Grec de Barcelona. Es su última actuación en público.

Medalla de Oro al Mérito Artístico del Ayuntamiento de Barcelona.

Premio de Honor de los Max, de la Sociedad General de Autores y Editores.

2002. No cesa su actividad como articulista.

Prepara la escenificación de *Jaun de Alzate*, de Pío Baroja, que no llega a concluir.

2003. Muere en Madrid, el 21 de enero, a cuatro días del que hubiera sido su 74 cumpleaños.

Con Nuria Espert en *¿Quién teme a Virginia Woolf?,* de Edward Albee. 2001.
©Daniel Alonso/CDAEM

# Relación de montajes de Adolfo Marsillach*

* Datos recogidos en el Centro de Documentación de las Artes Escénicas y de la Música (CDAEM). No se incluyen lecturas dramatizadas.

Adriana Ozores y Héctor Colomé en *Don Gil de las calzas verdes,* de Tirso de Molina. 1994. ©Ros Ribas/CDAEM

*En la ardiente oscuridad.* 1950. ©Gyenes/CDAEM

# COMO ACTOR

### Margarita Gautier

Autor: Alejandro Dumas

Actores: Pedro Cabré, Carlos Lemos, Adolfo Marsillach

Actrices: Francesca Bertini, Olga Peiró, Enriqueta Torres

Escenografía: Ramón Batllé

Dirección: Carlos Lemos

Estreno: Teatro Comedia (Barcelona) 9-5-1946

### Don Juan Tenorio

Autor: José Zorrilla

Actores: Carlos Lemos, Adolfo Marsillach

Actrices: Mercedes Collado

Estreno: Teatro Calderón (Barcelona), 30-10-1946

### El aventurero y la reina

Autor: Lope de Vega

Actores: Emilio Fábregas, Rafael Gil, Carlos Lemos, Adolfo Marsillach, Joaquín Puyol

Actrices: Esperanza Berry, Elia Crespo, Carmen de Lucio, Ofelia Zapico

Dirección: Carlos Lemos

Estreno: Teatro Calderón (Barcelona), 5-9-1946

### Romeo y Julieta

Autor: William Shakespeare

Versión: Nicolás González Ruiz

Actores: Alberto Bové, Germán Cortina, José Cuenca, Manuel Domínguez, Adolfo Marsillach, Vicente Soler, Alejando Ulloa, Enrique Vivó

Actrices: Marta Santaolalla

Dirección: Cayetano Luca de Tena

Estreno: Teatro Calderón (Barcelona), 9-1-1947

### La conjuración de Fiesco

Autor: Friedrich Schiller

Versión: Eduardo Marquina

Actores: Germán Cortina, Manuel Domínguez, Miguel García, Adolfo Marsillach, Vicente Soler, Ángel Terrón, Alejando Ulloa, Enrique Vivó

Actrices: Aurora Bautista, Visitación Fernández, Maruja Recio, Asunción Sancho Sancho, Angelita Velasco

Escenografía: Sigfrido Burmann

Dirección: Cayetano Luca de Tena

Estreno: Teatro Calderón (Barcelona) 5-2-1947

### La vida es sueño

Autor: Calderón de la Barca

Actores: Luis Calderón, Rafael Calvo, Germán Cortina, Miguel García, Adolfo Marsillach, Alejandro Ulloa, Enrique Vivó

Actrices: Ana María Méndez, Mari Paz Molinero, Angelita Velasco

Dirección: Alejandro Ulloa

Estreno: Teatro Calderón (Barcelona), 11-11-1947

### A puerta cerrada

Autor: Jean Paul Sartre

Versión: Juan Reforzo

Actores: Adolfo Marsillach, Vicente Soler

Actrices: Pura Beltrán, Ana María Noé

Escenografía: Muntañola

Dirección: Juan Germán Schröeder

Estreno: Teatro Comedia (Barcelona), 12-3-1948

### Pygmalion

Autor: Bernard Shaw

Versión: Martínez Sierra y Lejárraga

Actores: José Crespo, Adolfo Marsillach, José Sancho Sterling

Actrices: Catalina Bárcena, Ana de Leyva, Luisa María Mascareñas, Josefina Serratosa

Estreno: Teatro de la Comedia (Barcelona), 28-5-1948

### Mamá

Autores: Martínez Sierra y Lejárraga

Actores: Antonio Angulo, José Crespo, Antonio Cuadrado, Adolfo Marsillach, Ramón Martori, José Sancho Sterling, Carlos Varley

Actrices: María Pilar Armesto, Catalina Bárcena, Mary Garcibáñez, Luisa María Mascareñas, Josefina Robeda

Estreno: Teatro de la Comedia (Barcelona), 15-6-1948

### Don Juan Tenorio

Autor: José Zorrilla

Actores: Luis Calderón, Rafael Calvo, José Caturla, Germán Cortina, Miguel García, Adolfo Marsillach, Alejando Ulloa, Enrique Vivó

Actrices: Laura Bové, Lolita González, Julita Martínez, Mari Paz Molinero, Pilar Oliva, Angelita Velasco

Dirección: Alejandro Ulloa

Estreno: Teatro Calderón (Barcelona) 28-10-1948

### El gran galeoto

Autor: José de Echegaray

Actores: Luis Calderón, Rafael Calvo, Ricardo Calvo, Germán Cortina, Adolfo Marsillach, Alejando Ulloa, Enrique Vivó

Actrices: Laura Bové, Mari Paz Molinero

Escenografía: Ramón Batlle

Dirección: Alejandro Ulloa

Estreno: Teatro Calderón (Barcelona) 10-11-1948

### Las llamas del laurel

Autor: Joaquín Montaner

Actores: Luis Calderón, Rafael Calvo, Miguel García, Adolfo Marsillach, Alejando Ulloa, Enrique Vivó

Actrices: Laura Bové, Angelita Martínez de Velasco, Mari Paz Molinero

Escenografía: Ramón Batlle

Dirección: Alejandro Ulloa

Estreno: Teatro Calderón (Barcelona) 10-12-1948

### Cyrano de Bergerac

Autor: Edmond Rostand

Actores: Luis Calderón, Rafael Calvo, Germán Cortina, Miguel García, Adolfo Marsillach, Alejando Ulloa, Enrique Vivó

Actrices: Laura Bové, Angelita Martínez de Velasco, Mari Paz Molinero, Pilar Oliva

Escenografía: Ramón Batlle

Dirección: Alejandro Ulloa

Estreno: Teatro Calderón (Barcelona) 23-12-1948

### El gran dios Brown

Autor: Eugene O'Neill

Actores: Ernesto Carratalá, Adolfo Marsillach, José Subirana

Actrices: Carmen Lombarte, Laly Soldevila

Estreno: Teatro Calderón (Barcelona), 17-1-1949

### En el seno de la muerte

Autor: José Echegaray

Actores: Luis Calderón, Rafael Calvo, Germán Cortina, José Caturla, Carlos de Luna, Adolfo Marsillach, Alejandro Ulloa

Actrices: María Paz Molinero, María Luisa Ponte

Dirección: Alejandro Ulloa

Estreno: Teatro Calderón (Barcelona) 12-2-1949

### Locura de amor

Autor: Manuel Tamayo y Baus

Actores: José Galiana, Carlos Lucena, Adolfo Marsillach, Juan Melons, Luis Padrós, José Subirana, Joaquín Vega, Enrique Vivó

Actrices: Mercedes Collado, Lolita González, Angelita Velasco

Dirección: Marta Grau

Estreno: Teatro Comedia (Barcelona), 18-8-1949

### En la ardiente oscuridad

Autor: Antonio Buero Vallejo

Actores: Rafael Alonso, Ricardo Lucia, Manuel Márquez, Adolfo Marsillach, Miguel Ángel, Gabriel Miranda, José María Rodero

Actrices: Mari Carmen Díaz de Mendoza, Amparo Gómez Ramos, Pilar Muñoz, Mayrata O'Wisiedo, Berta Riaza

Escenografía: Fernando Rivero

Dirección: Escobar y Pérez de la Ossa

Estreno: Teatro María Guerrero, 1-12-1950

### Siempre

Autora: Julia Maura

Actores: Gaspar Campos, Enrique Diosdado, José Pedro Lobete, Adolfo Marsillach, José María Rodero

Actrices: Mercedes Albert, Pepita Calvo Velázquez, Mari Carmen Díaz de Mendoza, Elvira Noriega, Mayrata O'Wisiedo, Carmen Seco

Escenografía: Emilio Burgos

Dirección: Escobar y Pérez de la Ossa

Estreno: Teatro María Guerrero, 19-1-1951

### La heredera

Autores: August y Ruth Goetz

Versión: Alonso y Méndez Herrera

Actores: Enrique Cerro, Enrique Diosdado, José Pedro Lobete, Adolfo Marsillach

Actrices: Mercedes Albert, Pepita Calvo Velázquez, Amelia de la Torre, Elvira Noriega, Mayrata O'Wisiedo, Berta Riaza

Escenografía: Víctor María Cortezo

Dirección: Escobar y Pérez de la Ossa

Estreno: Teatro María Guerrero, 18-10-1951

### Don Juan Tenorio

Autor: José Zorrilla

Actores: Rafael Alonso, Pablo Álvarez Rubio, Gaspar Campos, Enrique Cerro, Claudio de la Torre, Enrique Guitart, José Pedro Lobete, Adolfo Marsillach, Joaquín Martitegui, Gabriel Miranda, Rafael Pulido, José María Rodero

Actrices: Mercedes Albert, Pepita Calvo Velázquez, Mari Carmen Díaz de Mendoza, Amparo Gómez Ramos, Mercedes Granados, Berta Riaza, Carmen Seco

Escenografía: Salvador Dalí

Dirección: Escobar y Pérez de la Ossa

Estreno: Teatro María Guerrero, 30-10-1951

### El desdén con el desdén

Autor: Agustín de Moreto

Actores: Rafael Alonso, Gaspar Campos, Enrique Cerro, Enrique Guitart, José Pedro Lobete, Manuel Márquez, Adolfo Marsillach, José María Rodero

Actrices: Mercedes Albert, Blanca de Silos, Amparo Gómez Ramos, Mercedes Granados, María Luisa Romero, Emma Penella

Escenografía: Vicente Viudes

Dirección: Escobar y Pérez de la Ossa

Estreno: Teatro María Guerrero, 16-11-1951

### Cocktail party

Autor: Thomas S. Elliot

Versión: José Méndez Herrera

Actores: Enrique Diosdado, Enrique Guitart, Adolfo Marsillach, Joaquín Martitegui, José María Rodero, José Sendín

Actrices: Blanca de Silos, Mari Carmen Díaz de Mendoza, Berta Riaza, Carmen Seco

Escenografía: Emilio Burgos

Dirección: Escobar y Pérez de la Ossa

Estreno: Teatro María Guerrero, 28-2-1952

### La plaza de Berkeley

Autor: John L. Balderton

Versión: José López Rubio

Actores: Gaspar Campos, Enrique Diosdado, Adolfo Marsillach, Miguel Ángel, Gabriel Miranda, José María Rodero

Actrices: Mercedes Albert, Pepita Calvo Velázquez, Amelia de la Torre, Blanca de Silos, Mari Carmen Díaz de Mendoza, Carmen Seco

Escenografía: Luis Santamaría

Dirección: Escobar y Pérez de la Ossa

Estreno: Teatro María Guerrero, 12-4-1952

### Las maletas del más allá

Autor: Félix Ros

Actores: Pablo Álvarez Rubio, Gaspar Campos, Enrique Cerro, Luis Gómez, Miguel Granizo, José Pedro Lobete, José Luis López Vázquez, Manuel Márquez, Adolfo Marsillach, Miguel Ángel, Gabriel Miranda, Miguel Narros, José María Rodero

Actrices: Dolores Bremón, Carmen Seco, Mari Carmen Díaz de Mendoza, Concha López Silva, Mercedes Manera, Amparo Gómez Ramos, Julia Tiedra

Escenografía: Vicente Viudes

Dirección: Escobar y Pérez de la Ossa

Estreno: Teatro María Guerrero, 10-6-1952

### Un día de abril

Autor: Doddie Smith

Versión: Conchita Montes

Actores: Enrique Diosdado, Diego Hurtado, Adolfo Marsillach, Jacinto Martín

Actrices: Mercedes Albert, Mary Carrillo, Amelia de la Torre, Mari Carmen Díaz de Mendoza, Amparo Gómez Ramos, Olga Peiró, Berta Riaza, Carmen Seco, Julia María Tiedra, Ana María Ventura

Escenografía: Redondela

Dirección: Alfredo Marqueríe

Estreno: Teatro María Guerrero, 30-10-1952

### El jefe

Autor: Joaquín Calvo Sotelo

Actores: Gaspar Campos, Enrique Diosdado, Manuel Márquez, Adolfo Marsillach, Miguel Ángel, Alfredo Muñiz, José Vivó

Actrices: Mary Carrillo, Mari Carmen Díaz de Mendoza, María Luisa Ramos, Carmen Seco

Escenografía: José Redondela

Dirección: Joaquín Calvo Sotelo

Estreno: Teatro María Guerrero, 5-3-1953

### Escuadra hacia la muerte

Autor: Alfonso Sastre

Actores: Agustín González, Fernando Guillén, Adolfo

Marsillach, Juanjo Menéndez, Miguel Ángel

Escenografía: Leo Anchóriz

Dirección: Gustavo Pérez Puis

Estreno: Teatro María Guerrero, 18-3-1953

## Murió hace quince años

Autor: José Antonio Giménez Arnau

Actores: José Cuenca, Fernando Delgado, Victórico Fuentes, Rafael Gil, José María Horna, Manuel Kayser, Adolfo Marsillach, Luis Orduña, José María Seoane

Actrices: Julia Delgado Caro, Maruja Recio, María Jesús Valdés, Marcela Yurfa

Escenografía: Pierre Schild

Dirección: Modesto Higueras

Estreno: Teatro Español, 17-4-1953

## La discreta enamorada

Autor: Félix Lope de Vega

Actores: Ricardo Acero, Miguel Ángel, Adolfo Marsillach, Joaquín Roa, Salvador Soler Marí

Actrices: Mercedes Muñoz Sampedro, Porfiria Sanchiz, Amparo Soler Leal

TEATRO ESPAÑOL
DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE MADRID
MINISTERIO DE INFORMACION Y TURISMO
TEMPORADA 1952-1953

"MURIO HACE QUINCE AÑOS"
PREMIO «LOPE DE VEGA» 1952
DRAMA EN DOS ACTOS DE
JOSE ANTONIO GIMENEZ-ARNAU

Escenografía: Emilio Burgos

Dirección Juan González Chamorro

Estreno: Parque María Luisa (Sevilla), 14-7-1953

## Legítima defensa

Autor: Paolo Levi

Versión: José Luis Alonso

Actores: Emilio Alonso, Fernando Guillén, Carlos Lemos, Adolfo Marsillach

Actrices: Magda Roger, Amparo Soler Leal

Dirección: Escobar y Pérez de la Ossa

Estreno: Teatro Beatriz, 11-9-1953

### La divina pelea

Autor: José María Pemán

Actores: Valeriano Andrés, Ángel de la Fuente, José Franco, Antonio Gandía, Carlos Lemos, Adolfo Marsillach

Actrices: Antonia Mas, Olga Peiró, Maruja Recio, María Luisa Romero, Elena Salvador, Marcela Yurfa

Escenografía: Ramón Batllé

Dirección: Cayetano Luca de Tena

Estreno: Teatro Comedia (Barcelona), 11-3-1954

### Don Juan Tenorio

Autor: José Zorrilla

Actores: Antonio Armet, Antonio Ferrandis, Ricardo Garrido, Diego Hurtado, Adolfo Marsillach, Julio Núñez, Guillermo Marín, Aurelio Ossorio, José Luis San Juan, Carlos Tejada

Actrices: Társila Criado, Nuria Espert, Lola Lemos, Ana María Noé, María Dolores Pradera, Amparo Soler Leal

Escenografía; Hipólito Hidalgo de Caviedes

Dirección: José Tamayo

Estreno: Teatro Español, 10-10-1954

### La alondra

Autor: Jean Anouilh

Versión: José Luis Alonso

Actores: Antonio Armet, José Bruguera, José Cuenca, Antonio Ferrandis, Ricardo Garrido, Diego Hurtado, Manuel Kayser, Guillermo Marín, Adolfo Marsillach, Juanjo Menéndez, Aurelio Osorio, José Luis San Juan, Carlos Tejada

Actrices: Pilar Biernet, Mary Carrillo, Társila Criado, Lola Lemos, Eugenia Mata, Aurora Peña, María Luisa Rubio

Escenografía: Sigfrido Burmann

Dirección: José Tamayo

Estreno: Teatro Español, 10-12-1954

### La última galería

Autor: Adolfo Marsillach

Actores: José Franco, Adolfo Marsillach, Salvador Soler Marí

Escenografía: José Luis López Vázquez

Dirección: Gustavo Pérez Puig

Estreno: Teatro de la Comedia, 18-2-1955

### Hamlet

Autor: William Shakespeare

Versión: Antonio Buero Vallejo

Actores: Manuel Andrés, José Bastida, Enrique Ciurana, Mauricio de la Peña, Daniel Dicenta, José María Escuer, Antonio Gandía, Rafael Guerrero, José Guijarro, Arturo López, Adolfo Marsillach, Ricardo Merino, Luis Morris, Francisco Portes, Ramón Reparaz, Antonio Soto

Actrices: Mercedes Alonso, Tina Gascó, Aurora Peña

Escenografía: Vicente Viudes

Dirección: José Tamayo

Estreno: Teatro Español, 15-12-1961

### El huevo

Autor: Felicien Marceau

Actores: Vicente Haro, José María Lavernie, Adolfo Lemos, Adolfo Marsillach, Luis Morris, Agustín Povedano, José María Rupert

Actrices: Mari Paz Ballesteros, Mara Goyanes, Charo Moreno

Escenografía: Víctor María Cortezo

Dirección: José Osuna

Estreno: Teatro Goya (Madrid), 28-2-1963

### El arquitecto y el emperador de Asiria

Autor: Fernando Arrabal

Actores: Adolfo Marsillach, José María Prada

Dirección: Klaus Michael Grüber

Estreno: Teatro Tívoli (Barcelona) abril de 1977

TEATRO NACIONAL DE CAMARA Y ENSAYO
MARAT·SADE
PETER WEISS
Director: ADOLFO MARSILLACH
TEATRO ESPAÑOL · 2, 3 y 4 OCTUBRE 1968 · MADRID
DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE MADRID
DIRECCION GENERAL DE CULTURA POPULAR Y ESPECTACULOS · MINISTERIO DE INFORMACION Y TURISMO

# COMO ACTOR Y DIRECTOR

### George and Margaret

Autor: Gerald Savory

Versión: Javier Regás

Actores: Eugenio Domingo, Ricardo Garrido, Adolfo Marsillach, Francisco Melgares

Actrices: Carmela Aparicio, Conchita Bardem, Trudi Losada, Amparo Soler Leal

Escenografía: Andrés Vallvé

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro Windsor, 1-12-1955

### El pan de todos

Autor: Alfonso Sastre

Actores: José María Caffarel, Adolfo

Marsillach, Antonio Picazo

Actrices: Milagros Leal, Amparo Soler Leal

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro Windsor (Barcelona), 11-1-1957

### Mi adorado Juan

Autor: Miguel Mihura

Actor: Adolfo Marsillach

Actriz: Amparo Soler Leal

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro Windsor, 20-9-1957

### Café del Liceo

Autor: Jaime de Armiñán

Actores: José María Caffarel, Antonio

Díaz, Antonio Gandía, Adolfo

Marsillach, Salvador Soler Marí, José Vivó

Actrices: Amparo Baró, Milagros Leal, Pilar Mauri, Rosario Ortega, Amparo

Soler Leal, Josefina Tapias

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro Windsor, 8-11-1957

### Ondina

Autor: Jean Giraudoux

Actores: Gabriel Agustí, José Caride, Eugenio Domingo, Carlos Ibarzabal, Dionisio Macías, Adolfo Marsillach Francisco Melgares, Salvador Soler, Marí, Vicente Vega, José Vivó,

Actrices: Amparo Baró, Milagros Leal, Carmen Liaño, Olga Peiró, Silvia Roussin, Marina Sastre, Amparo Soler Leal

Director: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro Griego (Barcelona), 19-6-1958

### Alejandro Magno

Autor: Terence Rattigan

Versión: Diego Hurtado

Actores: Gabriel Agustí, José Caride, Carlos Ibarzabal, José Macías, Adolfo Marsillach, Francisco Melgares, Salvador Soler Marí, Vicente Vega, Enrique Vivó, José Vivó

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro Griego (Barcelona), 28-8-1958

### Los tres pequeños

Autor: Alfonso Paso

Actores: Javier Agustí, Adolfo Marsillach, Salvador Soler Mari, Jorge Vico

Actrices: Carmen Bernardos, Olga Peiró, Silvia Roussin, Amparo Soler Leal

Escenografía: Emilio Burgos

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro de la Comedia, 8-10-1958

### Bobosse

Autor: André Roussin

Actores: Eugenio Domingo, José Granja, Adolfo Marsillach, Venancio

Moro, Luis Morris, Mariano Ozores

Actrices: Amparo Baró, Teresa del Río, Elena Santonja, Amparo Soler Leal

Escenografía: Rafael Richart

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro de la Comedia, 17-12-1958

### Harvey

Autora: Mary Chase

Actores: Fernando Marín, Adolfo Marsillach, Francisco Melgares, Luis Morris, Antonio Queipo, Luis Villar

Actrices: Amparo Baró, Gemma Cuervo, Lola Lemos, Carmen López Lagar, Magda Roger

Escenografía: Emilio Burgos

Estreno: Teatro Lara, 9-9-1959

### El comprador de horas

Autor: Jacques Deval

Actores: Adolfo Marsillach, Francisco Melgares, Luis Morris, Miguel Moreno, Antonio Queipo, Alberto Rodríguez

Actrices: María Asquerino, Lola Lemos, Isabel Osca, Encarna Paso, Magda Roger, Carmen Santonja

Escenografía: Emilio Burgos

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro Lara, 9-10-1959

### La cornada

Autor: Alfonso Sastre

Actores: Luis Bermejo, Carlos Larrañaga, Adolfo Marsillach, Francisco Melgares, Luis Morris, Enrique Navas, Pedro Pardo, Antonio Queipo

Actrices: Elena Alted, María Asquerino, Encarna Paso

Escenografía: Emilio Burgos

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro Lara, 14-1-1960

### Tengo un millón

Autor: Víctor Ruiz Iriarte

Actores: Agustín González, Carlos Larrañaga, Antonio Queipo

Actrices: María Asquerino, Amparo Baró, María Mahor, Gracita Morales, Magda Roger, Pilar Sala

Escenografía: Redondela

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro Lara, 10-2-1960

### Micaela

Autor: Joaquín Calvo Sotelo

Actores: Ángel de la Fuente, Arturo López, Ángel Picazo, Manuel Torremocha, Antonio Queipo

Actrices: Carola Fernán Gómez, Teresa Gisbert, Emma Penella, Magda Roger

Escenografía: Burmann y Redondela

Estreno: Teatro Lara, 27-9-1962

### Después de la caída

Autor: Arthur Miller

Versión: José Méndez Herrera

Actores: Víctor Fuentes, Fernando Guillén, Adolfo Marsillach, Luis Molina, Julio Navarro, Jaime Segura, Antonio Vico

Actrices: Asunción Balaguer, Carmen Carbonell, Carmen de la Maza, Marisa de Leza, Mara Goyanes, Concha Leza, Ana Sillero

Escenografía: Francisco Nieva

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro Goya (Madrid), 11-1-1965

### La piedad de noviembre

Autor: Franco Brusati

Versión: José Méndez Herrera

Actores: Víctor Blas, Manuel Díaz González, Víctor Fuentes, Adolfo Marsillach, Andrés Moreno, Antonio Queipo, José Luis San Juan, Ramón Tejela, José Vivó

Actrices: María Asquerino, Carmen Carbonell, Magda Roger, Charo Soriano

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro Goya (Madrid) 16-9-1966

### Marbella mon amour

Autor: Juan José Alonso Millán

Actores: Arturo Fernández, Adolfo Marsillach

Actriz: Conchita Montes

Escenografía: Vicente Viudes

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro Goya (Madrid), 23-2-1967

### A puerta cerrada/La puta respetuosa

Autor: Jean Paul Sastre

Versión: Alfonso Sastre

Actores: Joaquín García,

Fernando Guillén, Gerardo Malla, Adolfo Marsillach, Francisco Melgares, José Vivó

Actrices: Gemma Cuervo, Nuria Espert

Escenografía: Pablo Gago

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro Reina Victoria, 8-3-1968

## Marat-Sade

Autor: Peter Weiss

Versión: Salvador Moreno Zarza

Actores: Enrique Camacho, Enrique Cerro, Modesto Fernández, Antonio Iranzo, Gerardo Malla, Adolfo Marsillach, Francisco Melgares, Eusebio Poncela, José María Prada, José Vivó

Actrices: Silvia Roussin, Charo Soriano, Amparo Valle, Serena Vergano, Silvia Vivó

Y el Grupo Cátaro de Barcelona

Escenografía: Francisco Nieva

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro Español, 2-10-1968

## El Tartufo

Autor: Molière

Versión: Enrique Llovet

Actores: Francisco Balcells, Enrique Cerro, Antonio Iranzo, Gerardo Malla, Adolfo Marsillach, Francisco Melgares, José María Prada

Actrices: Carmen de la Maza, Teresa del Río, Julia Lorente, Charo Soriano, Silvia Vivó

Escenografía: Francisco Nieva

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro de la Comedia, 3-10-1969

## Sócrates

Autor: Enrique Llovet

Actores: Francisco Balcells, José Camacho, Vicente Cuesta, Francisco Guijar, Gerardo Malla, Adolfo Marsillach, Francisco Melgares, Juan José Valverde

Escenografía: Vicente Rojo

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro de la Comedia, 17-11-1972

### Canta gallo acorralado

Autor: Sean O'Casey

Versión: Antonio Gala

Actores: Antonio Canal, Alberto Fernández, Antonio Iranzo, Adolfo Marsillach, Francisco Melgares, Juan Carlos Ordóñez, José Vivó

Actrices: Trinidad Ruggero, Victoria Vera, Silvia Vivó, Charo Zapardiel

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro de la Comedia, 2-12-1973

### El Tartufo

Autor: Molière

Versión: Enrique Llovet

Actores: Pedro del Río, Alberto Fernández, Adolfo Marsillach, Antonio Rosa, Dionisio Salamanca, Fernando Valverde

Actrices: Carmen Casado, Mercedes Lezcano, Carmen Maura, María Silva

Escenografía: Francisco Nieva

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro Príncipe, 18-9-1979

### Una noche con los clásicos

Autor: varios

Actor: Adolfo Marsillach

Actrices: Amparo Rivelles, María Jesús Valdés

Estreno: 1997

### ¿Quién teme a Virginia Woolf?

Autor: Edward Albee

Versión: Adolfo Marsillach

Actores: Adolfo Marsillach, Pep Munné

Actrices: Nuria Espert, Marta Fernández-Muro

Estreno: Teatro Gayarre, 8-5-1999

# TEATRO MARQUINA

una producción de

**AMPARO SOLER LEAL**

# LA SEÑORITA JULIA

de **AUGUST STRINDBERG**

dirección

**ADOLFO MARSILLACH**

# COMO DIRECTOR

### Mary, Mary

Autora: Jean Kerr

Actores: Gregorio Alonso, Paco Muñoz, Fernando Rey

Actrices: Teresa del Rio, Conchita Montes

Escenografía: Vicente Viudes

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro Valle Inclán, 24-9-1963

### Las personas decentes me asustan

Autor: Emilio Romero

Actores: Emilio Alonso, Ramón Caballero, Gonzalo Cañas, José Carabias, Jaime de Mora y Aragón, Antonio Gandía, Miguel Granizo Pascual Martín, Félix Navarro, José Palacio, José Luis Pellicena, José Luis San Juan, Manuel Saura

Actrices: María Asquerino, Belinda Corel

Escenografía: Wolfgan Burmann

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro Recoletos, 11-1-1964

### Un domingo en Nueva York

Autora: Norma Krasna

Versión: José López Rubio

Actores: Carlos Larrañaga, Ramón Reparaz, Francisco Valladares, Víctor Valverde

Actrices: Rocío Dúrcal, Pilar Puchol

Escenografía: Emilio Burgos

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro Infanta Isabel, 15-9-1964

### ¿Quién quiere una copla del arcipreste de Hita?

Autor: José Martín Recuerda

Actores: Víctor Blas, Carlos Ibarzábal, Fernando Chinarro, Carlos Garrido, Fernando Marín, Luis Morris, Jaime Segura, Eduardo Verger

Actrices: Maribel Alted, Concha Bardem, Ángela Capilla, Mary Carrillo, Carola Fernán Gómez, Paloma Hurtado, Julia Lorente, Lola Lemos, Paloma Pagés, Ana Sillero, Tina Sáinz, Nuria Torray

Escenografía: José Caballero

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro Español, 16-9-1965

## El poder

Autor: Joaquín Calvo Sotelo

Actores: Antonio Armet, Carlos Ballesteros, Francisco Guijar, Fernando Hilbeck, Guillermo Hidalgo, Gabriel Llopart, José Luis Ozores, Carlos Villafranca

Actrices: María Bassó, Asunción Montijano, Marta Padovan

Escenografía: Emilio Burgos

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro Alcázar, 5-10-1965

## Los siete infantes de Lara

Autor: Félix Lope de Vega

Versión: Juan Germán Schroeder

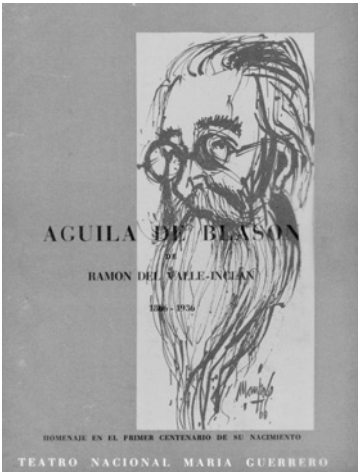
Actores: Carlos Ballesteros, Ramiro Benito, Carlos Garrido, Fernando Guillén, Gabriel Llopart, Fernando Marín, Luis Morris, Félix Navarro, José María Rodero, José Vivó

Actrices: Concha Bardem, Gemma Cuervo, Paloma Hurtado, Charo Soriano, Nuria Torray

Escenografía: Manuel Mampaso

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro Español, 19-1-1966




## Águila de blasón

Autor: Ramón del Valle Inclán

Actores: Antonio Casas, Carlos Ballesteros, Carlos Ibarzábal, Fernando Marín, Félix Navarro, José María Prada, José Vivó

Actrices: Gemma Cuervo, Carola Fernán Gómez, Pilar Muñoz, Charo Soriano, Nuria Torray, Marcela Yurfa

Escenografía: Manuel Mampaso

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro María Guerrero, 13-4-1966

## Biografía

Autor: Max Frisch

Actores: Luis Morris, José María Rodero

Actriz: Marisa de Leza

Escenografía: Francisco Nieva
Dirección: Adolfo Marsillach
Estreno: Teatro Español, 30-4-1969

### El malentendido

Autor: Albert Camus
Versión: José Escué
Actores: Agustín Besco, Agustín González, Fernando Guillén
Actrices: Gemma Cuervo, Alicia Hermida, María Luisa Ponte
Dirección: Adolfo Marsillach
Estreno: Teatro Poliorama (Barcelona), 19-9-1969

### César y Cleopatra

Autor: Bernard Shaw
Versión: Gonzalo Torrente Ballester
Actores: Emilio Berrio, Carles Canut, Vicente Cuesta, José Herváz, Arturo López, Jaime Payás, Eusebio Poncela, Luis Prendes, Jesús Sastre, Juan Jesús Valverde
Actrices: Marisa de Leza, Maruchi Fresno, Concha Hidalgo, Julia Tejela
Escenografía: Emilio Burgos
Dirección: Adolfo Marsillach
Estreno: Campaña Nacional de teatro, 10-1969

### La señorita Julia

Autor: August Strindberg
Versión: Lorenzo López Sancho
Actor: Julio Núñez
Actrices: Amparo Soler Leal, Charo Soriano
Escenografía: Fabián Puigserver
Dirección: Adolfo Marsillach
Estreno; Teatro Marquina, 14-2-1974

### Las arrecogías del beaterio de Santa María Egipcíaca

Autor: José Martín Recuerda
Actores: Antonio Iranzo, Paco Marsó
Actrices: Maribel Alted, Mari Paz Ballesteros, Pilar Bardem, Natalia Duarte, Adela Escartín, Margarita García Ortega, Mercedes Lezcano, Carmen Lozano, Pilar Muñoz, María Luisa Ponte, Alicia Sánchez, Concha Velasco
Escenografía: Amenós y Prunes
Dirección: Adolfo Marsillach
Estreno: Teatro de la Comedia, 4-2-1977

### Contacto peculiar

Autor: Mike Stott

Versión: Enrique Llovet

Actores: Víctor Barreiro, Roberto Caballero, Nicolás Dueñas, Pedro del Río, Alberto Fernández, Josema Yuste

Actrices: Rocío Dúrcal, Mara Goyanes, Ana María Ventura

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro Reina Victoria, 14-11-1977

### Yo me bajo en la próxima ¿y usted?

Autor: Adolfo Marsillach

Actores: José Sacristán (Adolfo Marsillach), José Manuel Yanes

Actriz: Concha Velasco

Escenografía: Amenós y Prunés

Coreografía: Alberto Portillo

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro de la Comedia, 23-1-1981

### Mata-Hari

Autor: Adolfo Marsillach

Música: Antón García Abril

Actores: Mario Alex, José Luis Alonso, Antonio Canal, Manuel Codeso, Ignacio de Paul, Alberto Fernández, Francisco Hernández, Francisco Merino, Mingo Rafols, Antonio Rosa, Manuel Salguero, José Luis San Juan, Damián Velasco, José Vivó, Juan Antonio Vizcaíno

Actrices: Silvia Casanova, Carmen Gran, Blanca Marsillach, Concha Velasco

Escenografía: Amenós y Prunés

Coreografía: Rafael Aguilar

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro Calderón (Madrid), 12-9-1983

### La Tempranica/ La Gran Vía (Zarzuela)

Libro La Tempranica: Julián Romea

Música La Tempranica: Gerónimo Giménez

Libro La Gran Vía: Felipe Pérez González

Música La Gran Vía: Federico Chueca

Actores: Teófilo Calle, José Antonio Ceinos, Ángel de Andrés, Cesáreo Estébanez, Julio Incera, Joaquín Molina, Francisco Navarro, Fernando Sancho, José Segura

Actrices: Amalia Barrios, Yolanda Cembrero, Ángeles Chamorro, Irene Daina,

Mercedes Hurtado, Margarita García Ortega, Mercedes Lezcano, Marisa Porcel, Carmen Rossi

Escenografía: Carlos Cytrynowski

Dirección musical: Urbano Ruiz

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro de la Zarzuela, 26-11-1983

### Cinematógrafo Nacional

Autor: Adolfo Marsillach

Actores: Blaki, Antonio Canal, Alberto Fernández, Francisco Portes, José Sazatornil

Actrices: Natalia Duarte, Yolanda Farr, Mara Ruano

Escenografía: Carlos Cytrynowsi

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro de la Comedia, 4-9-1984

### Anselmo B o la desmedida pasión por los alféizares

Autor: Francisco Melgares

Actores: Jesús Alcaide, Blaki, Teófilo Calle, Antonio Canal, José Caride, Miguel de Grandy, Juan Echanove, Manuel Galiana, Andrés Mejuto, Félix Navarro, Francisco Portes, José María Pou, Antonio Rosa, Dionisio Salamanca, Pepín Salvador

Actrices: Carmen Casado, Amparo Climent, Amelia de la Torre, Carmen Gran, Mercedes Lezcano, María Luisa Ponte, Marisa Porcel, Tina Sáinz

Escenografía: Prunés y Amenós

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro María Guerrero, 1-3-1985

### El médico de su honra

Autor: Pedro Calderón de la Barca

Versión: Rafael Pérez Sierra

Actores: Fidel Almansa, Carlos Almansa, Antonio Canal, José Camacho, José Caride, Vicente Cuesta, Ángel de Andrés López, Modesto Fernández, José Luis Pellicena, Francisco Portes, Daniel Sarasola

Actrices: Estela Alcaraz, Marisa de Leza, Carmen Gran, Ana Hurtado, Pilar Massa, María Luisa San José, Yolanda Ríos

Escenografía: Carlos Cytrynowski

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro de la Comedia

### Los locos de Valencia

Autor: Félix Lope de Vega

Versión: Juan Germán Schroeder

Actores: Fidel Almansa, Carlos Almansa, Antonio Canal, José Camacho, José Caride, Vicente Cuesta, Ángel de Andrés López, Modesto Fernández, Luis Lorenzo, José Luis Pellicena, Francisco Portes, Daniel Sarasola, Fernando Valverde

Actrices: Estela Alcaraz, Pilar Bayona, Carmen Gran, Marisa de Leza, Ana Hurtado, Pilar Massa, María Luisa Merlo, Yolanda Ríos

Escenografía: Carlos Cytrynowski

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Almagro, 12-9-1986

### Antes que todo es mi dama

Autor: Pedro Calderón de la Barca

Versión: Rafael Pérez Sierra

Actores: Fidel Almansa, Carlos Almansa, Fermín Aldaz, Antonio Canal, José Caride, Vicente Cuesta, Ángel de Andrés López, Modesto Fernández, Francisco Lahoz, Francisco Portes, Daniel Sarasola, Aitor Tejada, José Manuel Yanes

Actrices: Estela Alcaraz, Carmen Gran, Ana Hurtado, Ana Latorre, Pilar Massa, María Luisa Merlo, Yolanda Ríos, María Jesús Sirvent, Silvia Vivó

Escenografía: Carlos Cytrynowski

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro de la Comedia, 23-9-1987

### La Celestina

Autor: Fernando de Rojas

Versión: Gonzalo Torrente Ballester

Actores: Carlos Abad, Antonio Carrasco, Félix Casales, Joaquín Climent, César Diéguez, Ángel García Suárez, Juan Gea, Vicentes Gisbert, Carlos Moreno, Enrique Navarro, Jesús Puente

Actrices: Blanca Apilánez, Pilar Barrera, Resu Morales, Adriana Ozores, Amparo Rivelles, Charo Soriano

Escenografía: Carlos Cytrynowski

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro de la Comedia, 18-4-1988

### El burlador de Sevilla

Autor: Tirso de Molina

Versión: Carmen Martín Gaite

Actores: Roberto Castro, Sergio Corona, Osvaldo de Marco, Roberto Ibáñez, Horacio Peña, Juan Leyrado, Rafael Rodríguez, Antonio Ugo

Actrices: Adriana Filmus, Patricia Kraly, Cristina Murta, Miriam Ortiz

Escenografía: Carlos Cytrynowski

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro de la Comedia, 27-9-1988

### El vergonzoso en palacio

Autor: Tirso de Molina

Versión: Francisco Ayala

Actores: Ángel Amorós, Pablo Calvo, Joaquín Climent, Alfonso Godá, Fernando Guillén Cuervo, César Diéguez, Enrique Navarro, Miguel Palenzuela, José Luis Patiño, Rafael Ramos de Castro, Bosco Solana

Actrices: Blanca Apilánez, Resu Morales, Adriana Ozores, Aitana Sánchez Gijón

Escenografía: Carlos Cytrynowski

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Almagro, 7-7-1989

### ¡Feliz aniversario!

Autor: Adolfo Marsillach

Actores: Alberto de Mendoza, Roberto Mosca

Actrices: Pilar Bardem, Julia Gutiérrez Caba, Blanca Marsillach

Escenografía: Carlos Cytrynowski

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro Marquina, 15-1-1991

### La gran sultana

Autor: Miguel de Cervantes

Versión: Luis Alberto de Cuenca

Actores: Héctor Colomé, Miguel de Grandy, César Diéguez, Pedro Forero, José Lifante, Carlos Marcet, Mario Martín, Carlos Mendy, Manuel Navarro, José Olmo, José Luis Patiño, Arturo Querejeta, Paco Racionero, Francisco Rojas, Salvador Sanz, Aitor Tejada

Actrices: Cayetana Guillén Cuervo, Silvia Marsó

Escenografía: Carlos Cytrynowski

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro Lope de Vega (Sevilla), 6-9-1992

*La gran sultana,* de Miguel de Cervantes. 1992.© Ros Ribas/CNTC

### Fuente Ovejuna

Autor: Félix Lope de Vega

Versión: Carlos Bousoño

Actores: Félix Casales, Héctor Colomé, Alberto Delgado, Pedro Forero, Anselmo Gervolés, José Lifante, Carlos Marcet, Mario Martín, Enrique Navarro, Manuel Navarro, José Olmo, Juan José Otegui, José Luis Patiño, Arturo Querejeta, Paco Racionero, Aitor Tejada, Francisco Rojas, Salvador Sanz, Antonio Vico

Actrices: Blanca Apilánez, Ana Casas, Cayetana Guillén Cuervo, Maribel Lara, Natalia Millán, Esther Montoro, Marta Navas, Concha Sáez

Escenografía: Carlos Cytrynowski

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro de la Comedia, 19-1-1993

### Don Gil de las calzas verdes

Autor: Tirso de Molina

Versión: Caballero Bonald

Actores: Héctor Colomé, Pedro Forero, Miguel de Grandy, Anselmo Gervolés, Alfonso Guirao, Enrique Navarro, Manuel Navarro, José Olmo, José Luis Patiño, Arturo Querejeta, Salvador Sanz, Aitor Tejada, Antonio Vico

Actrices: Yolanda Arestegui, Ana Casas, Maribel Lara, Pilar Massa, Adriana Ozores, Concha Sáez

Escenografía: Carlos Cytrynowski

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro de la Comedia, 15-4-1994

### El médico de su honra

Autor: Pedro Calderón de la Barca

Versión: Rafael Pérez Sierra

Actores: Félix Casales, Héctor Colomé, Pedro Forero, Anselmo Gervolés, Carlos Hipólito, Enrique Menéndez, Manuel Navarro, José Olmo, Arturo Querejeta, Salvador Sanz, Aitor Tejada, Antonio Vico

Actrices: Ana Casas, Maribel Lara, Esther Montoro, Sofía Muñiz, Adriana Ozores, Concha Sáez

Escenografía: Carlos Cytrynowski

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Almagro, 7-7-1994

## Yo me bajo en la próxima ¿Y usted?

Autor: Adolfo Marsillach

Actores: Antonio Galindo, Gerardo Malla

Actriz: María Fernanda D'Ocon

Escenografía: Amenós y Prunés

Coreografía: Alberto Portillo

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro Bellas Artes, 8-3-1995

## El misántropo

Autor: Molière

Versión: Fernando Savater

Actores: Félix Casales, Héctor Colomé, César Diéguez, Pedro Forero, Juan Gea, Anselmo Gervolés, Carlos Hipólito, Enrique Menéndez, José Olmo, Salvador Sanz, Aitor Tejada, Antonio Vico

Actrices: Ana María Barbany, María Luisa Ferrer, Esther Montoro, Adriana Ozores, Alba Vidal

Escenografía: Montse Amenós

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro de la Comedia, 19-1-1996

## L'auca del senyor Esteve

Autor: Santiago Rusiñol

Versión: Adolfo Marsillach

Actores: Jordi Banacolocha, Francesc Galcerán, Pep Guinyol, Francesc Orella, Santi Ricart, Lluís Torner

Actrices: Maribel Altés, Resu Belmonte, Marta Calvó, Imma Colomer, Marta Fluviá, Anna Frigola, Mónica López, Marta Millá

Escenografía: Montse Amenós

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatre Nacional de Catalunya, 11-9-1997

## La Gran Vía/El chaleco blanco (Zarzuela)

Libro La Gran Vía: Felipe Pérez González

Música La Gran Vía: Federico Chueca

Libro El chaleco blanco: Miguel Ramos Carrión

Música El chaleco blanco: Federico Chueca

Actores: Blaki, Rafael Castejón, Manuel Codeso, Miguel Ángel Elejalde, Emilio García Carretero, Arturo Querejeta, Paco Racionero, Pepín Salvador

Actrices: Martina Bueno, Natalia Duarte, Eugenia Gutiérrez, Victoria Manso, Graciela Moncloa

Escenografía: Julio Galán

Coreografía: Carlos Villán

Dirección musical: Miguel Roa

Dirección: Adolfo Marsillach

Estreno: Teatro de La Zarzuela, 23-1-1998

Amparo Rivelles en *La Celestina*, de Fernando de Rojas. 1988.
© Ros Ribas/CNTC

# ESTRENOS PÓSTUMOS

### Noche de Reyes sin Shakespeare

Autor: Adolfo Marsillach
Actores: Héctor Colomé, Arturo Querejeta, Paco Racionero
Actrices: Carolina Lapausa, Esther Montoro
Dirección: Mercedes Lezcano
Estreno: Teatro María Guerrero, 27-12-2003

### ¡Silencio, vivimos!

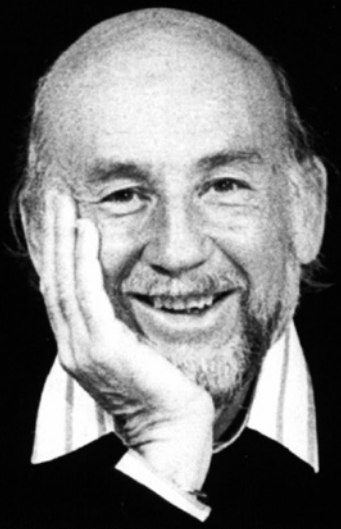
Autor: Adolfo Marsillach
Adaptación: Paco Mir
Actores: Carlos Heredia, Sergio Torrico
Actrices: Laura Domínguez, Gracia Olayo
Dirección: Josep María Mestres
Estreno: Teatro Barakaldo, 2008

### Extraño anuncio

Autor: Adolfo Marsillach
Actores: José Carabias, Manuel Galiana, Óscar Olmeda, Kike Sánchez
Actrices: Mónica Aragón, Ana María Barbany
Dirección: Mercedes Lezcano
Estreno: Teatro Fígaro, 16-03-2012

Teatro Figaro-Adolfo Marsillach

**VARELA PRODUCCIONES y LA COMPAÑÍA DE BLANCA MARSILLACH** presentan:



# SILENCIO... VIVIMOS

Un espectáculo basado en textos de

## ADOLFO MARSILLACH

Con dramaturgia de:
**PACO MIR**

Dirección:
**JOSEP MARIA MESTRES**

**LAURA DOMÍNGUEZ CARLOS HEREDIA GRACIA OLAYO SERGIO TORRICO**

Escenografía: Jose Luis Raymond Iluminación: Juanjo Llorens Vestuario: Ikerne Giménez Sonido: Víctor Rodríguez

# Colaboran con la Academia